

PAUL GROUSSAC

LA DIVISA PUNZO

PAUL GROUSSAC

LA DIVISA PUNZO

PERSONAJES:

MANUELA DE ROSAS
MARÍA JOSEFA DE EZCURRA.
ROSITA FUENTES DE MAZA.
AGUSTINA ROSAS DE MANSILLA.
MERCEDES ROSAS DE RIVERA.
MERCEDES FUENTES DE ORTIZ DE ROSAS.
JUANA SOSA.
MERCEDITAS ARANA.
ÑA CARMELA, SIRVIENTA DE MAZA.
JUAN MANUEL DE ROSAS.
JAIME THOMPSON.
RAMÓN MAZA.
JOHN HENRY MANDEVILLE.
GENERAL MANUEL CORVALÁN.
JACINTO R. PEÑA.
BERNARDO VICTORICA.
JUAN NEPOMUCENO TERRERO.
CAPITÁN ÁLVAREZ MONTES.
ENRIQUE LAFUENTE.
MR. THOMAS G. LOVE.
GENERAL LUCIO MANSILLA.
GENERAL LA MADRID.
CORONEL FRANCISCO CRESPO.
JOVEN PASTOR LACASA.
CORONEL VICENTE GONZÁLEZ.
TÍO BENITO.
CAPITÁN GAETÁN.
CABO CEJAS, ASISTENTE.
LUZ DE SOUZA DÍAZ.
TTE. DÍAZ, OFICIAL DE GUARDIA EN PALERMO.
P. BIGUÁ, BUFÓN DE ROSAS.
ABDÓN, GAUCHO GUITARRISTA.
OFICIAL, DEL NAVÍO INGLÉS "ACTEON".
PEDRO DE ANGELIS.

(SÓLO EN EL TEXTO.)
OFICIALES, ORDENANZAS, SOLDADOS, ETC.

Prefacio

Hoy 12 de septiembre de 1923, día en que me pongo a escribir unas líneas de prefacio para esta obra, cuya impresión toca a su término, veo en un cartel que se anuncia para esta noche la 90ª representación de La divisa punzó. Así las cosas, no creo que sea temerario calcular -sin auxilio de la tabla de logaritmos- que la salida a luz del drama impreso podrá coincidir, la semana próxima, con la centésima de sus representaciones consecutivas, durante los dos meses y medio contados desde el estreno (6 de julio último) por la compañía Quiroga, en el teatro Odeón, de Buenos Aires. El feliz éxito teatral no es discutible, sin que, para afirmarlo, sea necesario acudir a las exageraciones "reclamatorias" que le pregonan como "un triunfo sin precedente". Por lo demás, para mostrar que al autor no se le han subido a la cabeza los humos triunfales, y, sobre todo, para cumplir el acto de estricta justicia debida a mis colaboradores, así en la preparación escénica de la obra como en su ejecución, me es grato reconocer la parte positiva que a unos y otros, respectivamente, les corresponde.

La empresa Quiroga, desde luego, es acreedora a mi agradecimiento por la acogida entusiasta -el término no es excesivo- que sus directores tributaron a la pieza a raíz de la primera lectura, dándose cuenta inmediata, con su experiencia profesional, del hondo interés que para un público argentino presenta el asunto, y, como ellos dicen, de su intensa "teatralidad". Sin pérdida de momento pusieron manos a la "obra", con toda diligencia, no ahorrando gastos ni esfuerzos en vista de la mejor preparación del drama y su más pronta realización escénica. Por cierto que, a este respecto, Buenos Aires no es París, ni siquiera ofrece los recursos "utileros" de Milán o Viena. Es tanto más meritorio haber improvisado todo el complejo aparato escénico que este drama histórico requiere -decoraciones, mobiliario, indumentaria para un elenco de cuarenta personajes, los mil detalles de mise en scène que huelga mencionar, -lográndose, en pocas semanas de febril actividad, vencer las enormes dificultades inherentes a la situación- desde la escasez de buenos actores nacionales hasta la exigüidad del escenario, totalmente inadecuado a piezas de espectáculo, -para realizar, como se ha hecho, una ejecución si no perfecta, por lo menos excelente bajo muchos aspectos y en conjunto satisfactoria a juicio de los más exigentes.

Otro factor concurrente para el éxito, y por cierto de capital importancia, era el de la interpretación artística. Acabo de aludir a la escasez de verdaderos actores nacionales aquí, donde la carrera teatral ha sido, hasta hace pocos años, profesión exótica, faltando todos los elementos para implantarla seriamente, desde la educación general de los aspirantes hasta la preparatoria y técnica que se adquiere en los conservatorios de declamación. En condiciones tales -y agregándose a ellas ciertos vestigios aún subsistentes de la antigua preocupación social adversa a esta carrera- no cabe esperar todavía la formación espontánea de un verdadero gremio histriónico, análogo al existente en las naciones europeas. Es fuerza contentarnos con que, del grupo de medianías anónimas, surja tal o cual

individualidad interesante, hija de una vocación irresistible, y tanto más digna de aplauso cuanto que el medio en que regularmente actúa no es el más propio para inculcarle sanas nociones estéticas. Este prefacio no es una crónica; ni desempeño aquí funciones de crítico teatral. No me toca, pues, pasar revista a los estimables actores que han estudiado con laudable celo sus respectivos papeles -algunos bastante difíciles, en La divisa punzó,- desempeñándolos en general con una buena voluntad y un acierto que el público ha sabido recompensar. No dejaré, sin embargo, de destacar del grupo masculino al primer actor, don Enrique Arellano, que ha creado con autoridad el importantísimo papel de Rosas, poniendo en relieve los múltiples aspectos del complejo personaje, y acentuando tan magistralmente la histórica figura, que no había de tardar en desvanecerse la impresión desfavorable, que en el primer momento produjeron ciertas deficiencias físicas del intérprete. En cuanto al papel de Manuela Rosas, la otra protagonista del drama, sabíamos de antemano que al asumirlo la señora de Quiroga, nos presentaría una fina y encantadora silueta del hada buena de Palermo (luciendo con personal elegancia los ricos trajes de una gran *faiséuse* parisiense); pero no esperábamos que su gracia natural y risueña del primer acto se transformara, en el tercero, en un despliegue tal de patética energía que, cada noche, arranca al público entusiastas aplausos, llegando luego a su colmo la emoción general durante la tierna despedida del epílogo.

Con el concurso de tan valiosos elementos es como La divisa punzó ha podido realizarse teatralmente en sus aspectos esenciales, sino en su integralidad. Pero, en suma, aquéllos son factores extrínsecos a la obra. En cambio, el factor verdaderamente intrínseco -si tiene entrada la terminología didáctica en los dominios de las Musas- es el que constituye el asunto mismo del drama. La víspera del estreno expliqué al "reporter" de un importante diario de la tarde cómo, privado de mis habituales lecturas con luz artificial por el debilitamiento de mi vista, me había sido forzoso sustituirlas con la composición mental -de literatura imaginativa, por supuesto- a guisa de sucedáneo durante mis insomnios nocturnos. Era lógico que en este devaneo me inclinara a la forma dramática, como más concreta y fácilmente recordable, para escribir al día siguiente lo inventado en la vigilia; y también que, una vez instalado en mi cerebro aquel "retablo de Maese Pedro", me atrajera, desde luego, el drama histórico argentino, como más afín a mis estudios. Así las cosas, pareceme hoy inevitable que, dentro del marco local, se presentara a mi alcance inmediato la época de Rosas, que conocía suficientemente por haberle dedicado un largo ensayo; y, dentro de ella, el episodio célebre de la llamada "conjuración" de Maza, no sólo por su intensidad trágica, sino también por corresponder a un momento crítico de la dictadura. Tal sucedió, en efecto; y no de otro modo preludió a su venida al mundo literario La divisa punzó.

Con respecto al procedimiento observado en la preparación constructiva de la obra y a las circunstancias en que se produjo su elaboración, nada encuentro más tópico que recordar los datos y razones que formulé horas antes del estreno, y a los que la larga e inequívoca aceptación del público confiere hoy una suerte de sanción o visto bueno retrospectivo.

La primera precisión del asunto me ocurrió en Buenos Aires, a fines del año 1921. Inmediatamente me puse a trazar el escenario de la pieza, alrededor del complot de Maza como episodio central, al mismo tiempo que completaba mi documentación con la consulta de ciertos diarios de la época, cuyos extractos no figuraban en mis fichas. Sin más bagaje

que el cuaderno así formado, empecé en la manera arriba indicada la escritura del texto, de primera intención, sin borrador, según tengo costumbre, dejando en blanco una mitad de la página para las enmiendas y adiciones. Así se redactó la obra entera, en su forma casi definitiva, durante el verano de 1922: el primer acto, en Carhué; el segundo -lo mismo que el cuarto o epílogo- en Buenos Aires, el tercero, en la estancia del sur de la provincia a que se refiere la dedicatoria; y no deja de ser curioso, como efecto de contraste, que este acto, el más sombrío y trágico de la pieza, se haya escrito al aire libre, en un ambiente de flores, a la sombra de las enramadas que tamizaban sobre mi mesita portátil los rayos del sol, entre el rumor de los follajes y los gritos de los niños, más alegres que los gorjeos de los pájaros... Ya tengo indicado mi modus operandi que consistía -y consiste todavía- en reproducir cada mañana en el papel la escena representada por mis fantocci nocturnos, con gestos y diálogos en el tablado ideal de mi reciente vigilia. De aquellas tinieblas sucesivas ha salido a luz el drama que hoy imprimo.

Volviendo a mi tema de los factores concurrentes al buen éxito de *La divisa punzó*, tan lejos estoy de querer disimular o aminorar la parte que en él corresponde principalmente a la feliz elección del asunto, que antes, sobreponiéndose el historiador al dramaturgo, me sentiría inclinado a exagerarla. Todos los que de cerca me tratan, me han visto y oído, siempre que se admitía la posibilidad de renovar mi experimento teatral (tan tardío que parece extemporáneo), revelar mi escepticismo, repitiendo: *Non bis in idem*. Aunque mi segunda pieza -hipotética- resultase artísticamente superior a la primera, nunca jamás alcanzaría la suerte de aquélla. Y la razón, que a veces omitía por evidente, es que no puede existir para un público argentino, un sujeto teatral que, como fuente de interés y palpitante emoción, se compare al drama histórico que pone en escena, como protagonistas, a Rosas y su hija Manuela, durante el lapso climatérico de los años 39 y 40. Comprenderá lo que aquí indico, sin necesidad de insistir, quien haya presenciado y sentido, especialmente en las primeras representaciones de *La divisa punzó*, el estremecimiento que por momentos sacudía al público entero ante la potencia evocadora de ciertas escenas, en que la honda verdad humana de la situación aparecía realzada por el intenso colorido de la realidad histórica. Y declarado todo ello con franca y sincera ingenuidad, no afectaré agregar, con una falsa modestia que fuera hipocresía, que en mi opinión la estructura y el estilo de la pieza hayan tenido una parte insignificante en el éxito... Pero lo que en esto haya de cierto, otros se han encargado de decirlo con una autoridad benévola que nunca me correspondería usar en causa propia; así que, sin una palabra más sobre este punto, paso a tocar otros menos personales de la presente producción.

Al intitularla "drama histórico", he pretendido definirla, sin pasar, según entiendo, un punto más allá de su característica. Creo que *La divisa punzó* sea "histórica" en la proporción extrema que admite una composición teatral y cuyos límites, según ya dije, no podría exceder sin salir del dominio artístico, degenerando en simple crónica dialogada. Bien seguro estoy de haberme ceñido a la historia en esta pieza, más estrechamente que lo hicieran en cualquiera de las suyas los grandes maestros del teatro histórico, desde Shakespeare y Lope hasta Schiller y Hugo -sin que en esta comprobación pueda caber la más lejana idea de un paralelo entre términos que no lo admiten-. El consenso universal, por otra parte, se aviene más y más a no considerar en este género teatral los datos y rasgos propiamente históricos más que como materiales accesorios, destinados a realzar, ya la verdad y vida de los caracteres, ya la pintura del ambiente local. A ese criterio me he

conformado; y si he procurado adaptar a mi obra dramática los conocimientos y resultados adquiridos en mis anteriores estudios sobre Rosas y su época, es porque he creído -y sigo creyendo- que esta sólida, aunque invisible, armazón documental constituye la mejor condición y garantía de exactitud para la reconstrucción artística del pasado. Pero dicho está que esta exactitud no es sino relativa y no debe en ningún caso trabar la plena libertad evocadora del artista. Así, para limitarme a los dos personajes centrales, si el modelado de una figura histórica, tan acentuada y familiar a los espectadores como la del Restaurador, tenía que ser el resumen y resultado concreto de cien rasgos auténticos y significativos, dispersos en su biografía: no ocurre lo mismo con la evocación de su hija Manuela, el numen templador de la tiranía, cuya imagen ha quedado por siempre idealizada en la memoria de este pueblo. Con todo, gracias a lo vago y flou de aquella personalidad juvenil (pues hasta después de los veinte años poco se exteriorizó la acción de Manuelita en la política paterna) he podido humanizar su gracia patricia, presentándola como sujeta ella también a la fatalidad de la pasión que todo lo vence -omnia vincit amor -hasta transformar en leona airada, cual otra Doña Sol, la mansa cordera de ayer, y mostrarla, en esos minutos de orgasmo psíquico, capaz de alzarse ante el déspota paterno para defender la vida del que ama.

En esta pintura episódica de la tiranía he evitado el fácil recurso de los cuadros horribles y reducido a su minimum la presentación de personajes odiosos que hartos se conocen, aquí mismo, por referencias de Maza, Love, Mandeville y otros testigos. Sólo aparece un instante el sayón Gaetán, instrumento brutal del crimen, repugnante para el mismo tirano que lo empleara. Era también inevitable la exhibición del traidor Martínez Fontes; pero, cediendo a consideraciones sociales que se explican por sí solas, he preferido cambiarle el nombre en la pieza, y no convertir el escenario en picota de vergüenza para algún deudo, acaso sentado entre los espectadores.

Alguna vez hice tocar las dificultades de la historia contemporánea, comparándola con esa selva pavorosa del Infierno dantesco, compuesta de troncos que salpican con sangre la mano que intenta herirlos. Mucho mayor, por cierto, aparece el impedimento, tratándose de la viva y palpitante exhibición teatral... Y no necesito disculparme por haber quitado todo viso antipático a ciertos deudos del tirano o familiares de su casa, siendo así que este aspecto se conforma con la realidad. No calumniemos la naturaleza humana, presentándola más perversa de lo que es, cuando las más de las veces es sólo débil y pusilánime. Así he mostrado al inofensivo anciano Corvalán, legendario "súfrelo todo" de Rosas, que lo hacía víctima de sus groseros atropellos, mal rescatados por minutos de benevolencia. Buen administrador militar bajo San Martín, y "generalizado" por el mismo Rosas, no fue Corvalán un carácter ni un gran guerrero, empero, por su notoria honradez (de la que tengo a la vista un curioso y auténtico comprobante, acusador de otro palaciego), ya que no por sus talentos ni hazañas, merecerá el juicio indulgente de la historia.

En el momento de ponerme a escribir el texto de La divisa punzó, he tenido mis hesitaciones respecto del lenguaje o estilo más adecuado para el diálogo, vacilando entre el castellano castizo y el adulterado que aquí se usa, entre la gente culta que no ignora el español correcto. Invenciblemente, al erigir, en el nocturno retablo que he descrito, a mis fantoches imaginarios, háciáles emplear (siendo ellos argentinos, se entiende) las formas y locuciones corrientes de nuestra jerga criolla. Pareciome ver en ella una indicación

imperativa a la que me he sometido, no haciendo excepción sino en favor de Jaime Thompson, hijo de extranjero casi educado en Europa, a quien suele remedar Manuela en los momentos patéticos. -Consigno aquí, para los lectores o espectadores extraños, que nuestras principales desviaciones lingüísticas consisten: para la fonética, en la confusión andaluza de la z o c (ante e o i) con la s así como de la ll con la y, pronunciadas en Buenos Aires como ge o gi francesas; y, para la analogía, en la conjugación viciosa de los verbos en la segunda persona del singular, debida a la substitución pecaminosa de tú por vos; de ahí las formas híbridas: querés, poné, vení, etc., que son simples arcaísmos, encontrándose en los primeros siglos del idioma, especialmente en el lenguaje rústico. Otras locuciones (recién, no más, etc.), merecerían una discusión aparte, aun después del estudio que les han dedicado lexicólogos tan avisados como Maspero, Menéndez Pidal, Cuervo, Joret y otros. A pesar de lo dicho, en momentos de imprimir este drama, y para no aparecer pagando también mi tributo a este trasnochado "criollismo", tuve intención de presentar a los lectores del exterior un texto expurgado: cuando reparé en ello, era ya tarde, hallándose muy adelantada la impresión y distribuido el tipo de los primeros pliegos. Queda, pues, el texto conforme a la representación, aunque restablecidos los pasajes que hube de suprimir para someterme a las exigencias "procustianas" del tiempo máximo que impone nuestro público.

No cerraré este prefacio sin expresar mi agradecimiento por la benévola acogida que mi obra ha recibido del público, no menos que de la crítica teatral, así argentina como extranjera. Me es doblemente grato haber dado ocasión a que salieran a luz varios artículos tan notables por su elevación de pensamiento y doctrina como por su belleza de estilo, permitiéndome decir que tales manifestaciones de alta cultura literaria honran más aún a sus autores que al favorecido por ellas. Y por cierto que no dejaré de mencionar aparte -last not least- la preciosa ayuda que me ha prestado, en este noviciado dramático, mi talentoso amigo don Joaquín de Vedia, quien desde su primera lectura de La divisa punzó, puso espontánea e incansablemente al servicio de la mejor adaptación teatral de la obra, el inapreciable concurso de su experiencia y habilidad escénica.

P. G.

Buenos Aires, 13 de septiembre de 1923.

Acto I

En casa de RAMÓN MAZA. -Una salita sencilla pero decentemente puesta, a la moda de la época, con ciertos detalles de elegancia en el moblaje de recién casados. Alfombra; sofá y

sillones de caoba forrados de crin; sillas doradas de esterilla; una mesa central y otras de arrimo floreros con flores; un espejo de pared sobre una repisa; lámparas, rinconeras con chucherías. Puerta en el fondo que da al zaguán, frente a otra puerta simétrica que conduce al escritorio de Ramón Maza. Puerta a la izquierda (todas las indicaciones corresponden a la derecha o izquierda del espectador) que da a las habitaciones interiores. A la derecha, dos ventanas de reja volada mirando al este. -La casa está situada en la calle de Las Piedras (acera oeste), entre las del Restaurador y la de BELGRANO. Cuando se abre la ventana penetran los rumores callejeros.

Escena I

ÑA CARMELA, luego el TÍO BENITO; después CEJAS.

(ÑA CARMELA es una mulatilla avispada y muy emperifollada; vestido de percal; grandes aros de cobre dorado, collar de cuentas coloradas; moño punzó en la cabeza; sacude los muebles, flojamente, atenta al tráfico de fuera. Habla a lo criollo usual, como nacida en el país).

CARMELA.- ¡Ya las doce y nada todavía del tío Benito y sus pasteles!... (Abre la ventana y entra una ráfaga de gritos callejeros; "¡Aceituna, una!... ¡Ricos tamales federales!... ¡Alfajores!... ¡Pastelitos calientes!..." Al oír este grito, CARMELA corre a la ventana, donde asoma por la reja la cabeza del negro BENITO.) ¡Al fin apareció, tío Benito!...

BENITO.- (Con su risa ancha que muestra la blanca dentadura, sobre el cutis de hollín.) Aquí estoy, pela fina; siempre listo pala selvir a las buenas mozas. (El TÍO BENITO habla a lo africano de comparsa carnavalesca.)

CARMELA.- Entre, tío Benito, no hay nadie en casa...

(Entra el TÍO BENITO, con su bandeja de pastelitos. Viste chaquetón de bayeta oscura con enorme divisa; chiripá punzó y calzoncillos blancos de fleco; calza ojotas y lleva encasquetado, sobre las motas de astracán, un sombrero de paja con ancho cintillo rojo.)

Todos están fuera: la señora doña Rosita en misa: ¡en San Juan y día del santo, hay para rato!... El comandante ha ido a la quinta del señor don Manuel Vicente; hasta el asistente Cejas salió de mañana para Flores, pero no tardará en volver.

BENITO.- Plimelo que todo, el negocio. ¿Cuántas me toma hoy? Y mile que son de lechupete...

CARMELA.- Le tomaré una docena. Tenemos un convidado a comer. Un joven Tonson, o cosa así, pariente de doña Rosita, recién llegado de Uropa.

BENITO.- Güeno, pues, le elijo los mejores.

(CARMELA recibe los pasteles en un plato y le da el dinero.)

Y ahora (Va a cerrar la ventana.), ¿qué tenemos de nuevo en casa? Cuénteme ligelo, no sea que nos solplendan...

CARMELA.- Anoche, nueva reunión aquí: los cinco de siempre con don Ramón: don Jacinto Rodríguez Peña, don Enrique Lafuente, don Carlos Tejedor y don Avelino Balcarce. Pero el amo tuvo que dejarlos luego, por un mensaje del señor don Manuel Vicente, desde su quinta de la plaza Lorea. Sólo faltaba en la reunión aquel otro nuevo, vestido de oficial, de noches pasadas, que le dicen el paraguayo Álvarez Montes...

BENITO.- ¿Oía bien?

CARMELA.- No del todo; conversaban a puertas cerradas y no muy fuerte. Pero luego se acalararon, y como uno de ellos me golpeará las manos pidiendo un vaso de agua, entré por

este cuarto oscuro (Enseña la puerta de la izquierda.), teniendo cuidado, al retirarme de dejar abierta una "hendidija" para oír mejor...

BENITO.- ¿Y qué sacó en limpio?

CARMELA.- No puedo explicarlo bien por no haber oído el principio. Se trata de dar un golpe esta tarde. No sé qué golpe será... pero han de entenderlo en la "sección". Lo que sí he pescado, es que esta noche sale el patrón para el sud, dijo que a sublevar una fuerza...

BENITO.- Güeno es eso. Aunque no sea mucho lo que ha pillado esta vez, segulo que el comisalio ha de sacal lo que senifica. Y esta talde puede pasal pol la sección a lecibil la paga semanal.

CARMELA.- ¿Cómo cuánto se le hace que será esta vez, tío Benito?

BENITO.- ¿Quién sabe? ¡Cuitiño es tan agalao! Pero no menos de cincuenta...

CARMELA.- ¿Nada más? ¡Ay! que el platero de Buen Orden me pide doscientos y tantos pesos por unas caravanas de oro que tiene en la vidriera y me sacan los ojos...

BENITO.- Hijita, todo se andalá juntando de a poco en una alcancía, como hago yo... Pero, estas muchachas, ¡todo es pala pelifollo!... (En esto aparece el asistente CEJAS en el zaguán; se detiene unos segundos para escuchar, pero TÍO BENITO, que lo ha visto, muda la conversación, después de una guiñada a CARMELA.) (En voz alta.) Así, pues, ña Calmela; no faltal esta noche al baile de San Juan en la Conceción, donde estalá la flol y nata de las naciones; aunque pol su luto dicen que este año doña Manuela no podlá asistil...

(CARMELA se acerca al zaguán y vuelve.)

CARMELA.- Es el asistente que ha entrado al escritorio del amo; esa mala sarna que nos viene espiondo y no nos puede pasar. Pero no hay cuidado, no ha oído nada.

BENITO.- (A media voz.) Si algo nuevo solplende, avisal a la comisalfá, ¡Y hasta mañana!

CEJAS.- (Entra teniendo en las manos unas espuelas que está bruñendo. Vestuario de cuartel con el galón de cabo.) ¡Otra vez aquí! (A TÍO BENITO.) Ya le tengo dicho, de orden del comandante, que no pise del umbral adentro. ¡Vamos ligero, a la calle con su canasta! Y vos, ¡a la cocina!

(Salen por la puerta del zaguán; mientras el TÍO BENITO toma la calle, CARMELA se dirige al interior, refunfuñando.)

CARMELA.- Tampoco es cosa de tratar como perros a los pobres negros...

CEJAS.- ¡Bueno sería que algunos negros aprendiesen del perro a ser fieles a sus amos! (Divisando un oficio puesto sobre la mesa.) Oiga, Carmela, ¿a qué hora han traído este oficio?

CARMELA.- (Vuelve malhumorada.) ¡No sé! Hará una hora. (Sale golpeando la puerta.)

CEJAS.- A la conguita, yo sé dónde le aprieta la chancleta... Pero es de balde hijita: nunca me dio por el candombe... (Contempla las espuelas de su jefe y sigue lustrándolas.) ¡Ya relumbran como nuevas! ¡Si sospecharan estas espuelitas qué bonito galope van a dar!... (Continúa su operación, tarareando en falsete, a lo gaucho.):

Cuando te estoy mirando
niña, las piernas,
se me ponen los ojos
como linternas

Escena II

RAMÓN MAZA, CEJAS.

MAZA.- (Aparece en la puerta; viste uniforme de diario. Cejas se cuadra.) ¿Ya estás de vuelta? ¿Hicistes todo como te lo mandé?

CEJAS.- Todo, mi comandante. Está avisado el caballerizo Otero, de Montserrat: su bayo estará ensillado desde la oración. [En la quinta de Flores, tendrán en el corral, además del congo, un parejero más y otros dos para mí.] Podremos emprender marcha al minuto.

MAZA.- Bien. No necesito repetirte, Cejas, que nada debes chistar sobre estos preparativos, pues una palabra de más podría perdernos...

CEJAS.- No necesita repetírmelo, mi comandante. Pero debo avisarle que desconfío de la cocinera Carmela, a quien varias veces he sorprendido en secretesos con el moreno pastelero, espía conocido de la sección.

MAZA.- No me extraña la noticia: hace días que sospecho este espionaje doméstico. Pero no es momento de remediarlo: mejor será cuidarnos de ellos sin alerta. No atropelles, pues, a esa gente que nos cree dormidos.

CEJAS.- Así haré, mi comandante. ¡Ah! trajeron hace un rato este oficio del gobierno. (Le entrega un sobre lacrado de negro.)

MAZA.- (Después de leer la nota de pocas líneas y reflexionar unos segundos.) Oí: te vas a casa de don Jacinto Rodríguez Peña, y le decís que necesito hablar con él urgentemente; que aquí lo espero.

CEJAS.- (Sale y vuelve desde el zaguán.) Casualmente está entrando don Jacinto...

MAZA.- (A CEJAS.) Mejor: dejanos solos, y velá porque no entren a interrumpirnos... no siendo don Jaime Thompson, que come con nosotros...

Escena III

MAZA, JACINTO PEÑA, se dan la mano.

MAZA.- Bien venido, Jacinto. Estaba mandando a Cejas por usted, y supongo que lo trae algo relacionado con mi propio llamado; pues en este día decisivo sólo un asunto puede preocuparnos.

PEÑA.- Me trae en efecto, el deseo de que no ignore ninguna novedad relativa al complot. Esta mañana me buscó el amigo Enrique Lafuente, cuyo concurso nos es tan precioso por estar adscrito a la secretaría de Rosas. Como no me hallara, me dejó en casa unas líneas, comunicándome que, a pesar de ser hoy día de fiesta, concurriría a Palermo para terminar una copia urgente. Con esto ha querido avisarnos que no faltará allá...

MAZA.- Perfectamente. He aquí ahora el motivo de mi consulta. En mi ausencia, hace una hora, me llegó esta nota (La lee.): "De orden de Su Excelencia el señor Gobernador, ruego a usted quiera concurrir a la quinta de Palermo esta misma tarde... MANUEL CORVALÁN." ¿Qué piensa usted que debo hacer? ¿Acudir a la cita, o desoírla, a riesgo de precipitar el estallido?...

PEÑA.- (Después de unos segundos de reflexión.) Ante todo, recapitulemos juntos las condiciones de nuestra empresa. En ella, no sólo juega usted la vida, como todos nosotros, y por cierto que ha de apreciarla indeciblemente en plena luna de miel;

(MAZA, involuntariamente, cierra los ojos.)

sino que mira comprometida la de un padre venerado, a quien ya vienen apuntando los sicarios del tirano...

MAZA.- Tiene usted razón, Jacinto. Con todo, y aunque hoy aparezco como el motor del golpe que se intentará esta tarde, le consta que no he sido sino un adherente tardío...

PEÑA.- Bien, pues. Como tuvo usted que dejarnos anoche en plena conferencia para acudir al llamado de su padre, le resumiré en pocas palabras lo acordado en su ausencia. Sabe usted que con la comisión argentina de Montevideo está convenido que esta tarde, a las 4, se desprenderá de la corbeta bloqueadora Ariadne un bote tripulado por seis marineros franceses y que trae otros tantos amigos nuestros, siendo materia entendida que los extranjeros no tomarán parte en el ataque. A las 5 en punto, el bote atracará en el ancón próximo al conocido sesteadero de Rosas. Ahora bien: si debe o no efectuarse la intentona, nos lo avisará una señal de fuego que queda a cargo del amigo Lafuente, como empleado del tirano y familiar de la casa...

MAZA.- Ahora me explico su aviso de esta mañana.

PEÑA.- La señal consistirá en cohetes voladores disparados desde la torre de la ermita de San Benito: uno solo, si conviene el desembarco; dos, si es inútil o peligroso. Logrado el golpe y asegurada la persona del dictador, éste será entregado, sin atentar a su vida, al comandante de dicha nave francesa, que lo transportará a lugar seguro mientras se desarrollen los sucesos políticos y militares... Aquí entra usted en escena, mi querido Ramón, con arreglo al plan de campaña elaborado en Montevideo.

MAZA.- Nunca fui partidario del atentado personal como medio de reforma política. Sin embargo, dados los visos plausibles de la tentativa de Palermo, no cabe desconocer que su éxito favorable acarrearía, sin efusión de sangre, una solución inmediata del problema político.

PEÑA.- No es dudoso. [Aprehendido Rosas, recaería naturalmente en su padre de usted, como presidente de la Junta, el gobierno provisional para convocar a elecciones de verdad. Y entonces, después de diez años de pruebas y sacrificios, quizá una designación feliz abriría a la República la era de reparación a que es acreedora por su largo sufrimiento, ya que no por su prudencia...]

MAZA.- Dios lo oiga, amigo. Entre tanto, vuelvo al objeto de mi consulta y deseo oír su parecer...

PEÑA.- A ello voy... Lafuente está persuadido de que Rosas tiene conocimiento de nuestro complot. Habrá sido puesto sobre aviso por alguna vaga revelación de la policía, precisada, acaso ayer, por la delegación de alguien próximo a nosotros. ¿Quién puede ser el delator?

(MAZA le mira fijamente.)

Leo en su mirada el nombre que tengo en la punta de la lengua. Es el de Álvarez Montes, que asistió a uno de nuestros conciliábulos, traído por el atolondrado de Avelino Balcarce.

MAZA.- Yo desaprobé la ligereza de Balcarce al introducir entre nosotros al tal Álvarez Montes, que se estrenó pidiéndonos cinco mil pesos como gaje de su concurso...

PEÑA.- [Estaba usted probablemente en lo cierto; el soldado leal vendeaba al traidor. Felizmente, no asistió sino a esa reunión, en la que, según lo establecido, todos llevábamos careta, llamándonos por nombres convencionales. Ha sido también otro rasgo de prudencia no citar a Álvarez Montes para nuestra conferencia de anoche, donde tomamos las últimas

disposiciones.] De ahí el que Rosas pueda estar enterado del complot, aunque no de sus datos más esenciales, como ser la fecha exacta de la ejecución y los nombres de los ejecutores. Al natural afán de arrancárselos ha de responder este llamado urgente, siendo así que podía verlo mañana en la casa de gobierno.

MAZA.- ¿Cómo piensa usted que, conociéndome, pueda Rosas incurrir en tal torpeza?

PEÑA.- No dude usted que su antigua perspicacia para conocer a los hombres se ha venido embotando por el trato diario con serviles y cobardes. En todo caso, creo que el hecho de citarlo en este día de fiesta a su quinta de Palermo, llena de parentela y visitas, aleja toda idea de propósito violento. [Así, pues, para otro que no fuera Ramón Maza, no habría riesgo inminente en la entrevista, bastando que el interrogado considerase de buena guerra contestar con disimulo a quien pregunta con perfidia.] Pero, entre el déspota que domina por el terror y el soldado que no conoce el miedo, miro el choque tan inevitable, como fatales para usted sus consecuencias... Sin desconocer, pues, qué factor importante podría significar su presencia en Palermo, en el momento crítico, contemplo tan desastrosa la eventualidad de su prisión, vale decir de su ausencia en el sud el día del levantamiento general, que lejos de aconsejarle ese paso, estaría, al contrario, porque anticipara esta tarde su marcha a Tapalqué...

MAZA.- Esto, no; me es indispensable conocer primero el resultado de la intentona. De su éxito dependerá mi actitud allá con el coronel Granada que, como usted sabe, me ha reemplazado en el mando de la división. Además... (Su frente se nubla.), tengo que hacer mis últimos arreglos con Rosita, para los días que dure mi ausencia...

PEÑA.- (Moviendo tristemente la cabeza.) ¡Pobre Rosita!... [No quisiera, amigo, agravar su angustia ni debilitar su energía, que en esta hora solemne le hace falta toda entera... Pero, Ramón, (Después de vacilar un momento.) ¿cómo ha podido usted casarse, asumir tal responsabilidad casi la víspera de precipitarse la tragedia en que tenía designado tan tremendo papel?... Perdóneme si toco con dedo indiscreto su herida íntima...]

MAZA.- [Le explicaré, sin justificarla, esta conducta mía que, en efecto, mirada desde afuera, mucho se asemeja a una mala acción. Bien sabe usted cómo, a fines del año pasado, me encontré de golpe relevado de mi mando en la frontera del sud. Ante suceso tan imprevisto, que entorpecía mi carrera, cumplí un deber de lealtad exponiendo el caso a mi novia Rosita. No sólo no logré conmover sus sentimientos, sino que apenas quiso esperar a que se formalizara un establecimiento de campo que tengo emprendido. Cedí al impulso del corazón, que no calcula. Nos casamos hace tres semanas: a los pocos días vino a despertarme del embriagado sueño la cruel campanada de la realidad, recordándome que otro compromiso solemne, el militar y el patriota tenía contraído...] ¡Por suerte, Rosita sólo se da cuenta muy vaga del riesgo que corre su frágil felicidad! ¡Para ella, mi proyectado viaje de esta noche es a esos campos que estoy poblando en el sud... ¡Ahora, amigo, puede usted medir cuánta debilidad interna se oculta a veces debajo de un exterior viril!...

PEÑA.- (Apretándole la mano.) Es usted un héroe... ¡Pobre Rosita!...

MAZA.- Así y todo, debo agregar que de otra parte, es de donde me llegan a lo íntimo del corazón las heridas más punzantes que lo hacen sangrar.

PEÑA.- Ya entiendo: la situación de su padre...

MAZA.- (Señal afirmativa.) Por el solo hecho de habersele interceptado unas cartas de Montevideo, en que mi cuñado Valentín Alsina le pintaba sus anhelos de unitario emigrado, mi padre se ve perseguido como afiliado a una conjuración de cuyos propósitos y medios nada sabe, ¿oye usted? nada absolutamente. Anoche, una partida de la Sociedad popular se juntó en la plaza Lorea para asaltar su quinta: intentó romper a pedradas las puertas y ventanas, profiriendo gritos de muerte que son el anuncio certero del crimen en incubación. ¿Se da usted cuenta de mi suprema angustia? A mi padre, hace tres días que se le ofrece trasladarlo a Montevideo; él se resiste, temiendo comprometerme; del propio modo que no quisiera yo lanzarme a la revolución hasta saber que no puede descargarse en él la venganza del tirano.

PEÑA.- Sí, Ramón: tiempos de hierro son los que oprimen nuestra generación; y acaso será el mayor crimen de Rosas ante la historia el haber perturbado las conciencias, sembrando la discordia en los hogares...

MAZA.- ¿Qué mayor ejemplo de tales conflictos, que el de mi propia casa? Rosita, mi mujer, tiene hoy el mismo estrecho parentesco con el unitario Alsina y con el hijo del tirano; ¡sobre ser, más que amiga, hermana de Manuelita Rosas!...

PEÑA.- Sí, en efecto; el caso es característico... ¿Y por supuesto que nada hay que recelar de este trato familiar?...

MAZA.- ¿Con Manuelita? Si es un dechado de nobleza y lealtad: un argumento vivo contra la supuesta fatalidad de las herencias paternas, pues ésta a ninguno de los suyos se parece... ¿Qué más le diré? Manuela podría estar aquí presente y oírnos atacar al Restaurador, sin que, a pesar de sufrir intensamente en su amor filial, le ocurriera el pensamiento de delatarnos...

PEÑA.- Enhorabuena. Y, finalmente, después de tanto deliberar, ¿quedamos en que usted...?

(Abre la puerta del foro el asistente CEJAS, que se retira después de anunciar.)

CEJAS.- El señor don Jaime Thompson...

MAZA.- Que entre. (Se adelanta a recibirlo.)

Escena IV

Dichos, THOMPSON.

(Éste viene en traje de calle, moda inglesa; en el lado izquierdo de la solapa trae una cinta punzó que puede pasar por divisa federal.)

MAZA.- Adelante, Jaime. Te encuentras con un amigo.

(Apretones de manos.)

THOMPSON.- (Mira el reloj de pared.) Creo, Ramón, que me he adelantado un poco a la hora del almuerzo...

MAZA.- Estás aquí en tu casa. Rosita ha ido a la misa de once en San Juan, pero no ha de tardar... ¿Quieres sentarte? Nosotros quedamos en pie por comodidad.

THOMPSON.- Gracias, no quiero interrumpirlos. Y ya que dispongo de algunos instantes libres, los aprovecharé, si me permites, pasando a tu escritorio para formular una solicitud de pasaporte al señor jefe de policía...

PEÑA.- ¿Cómo así? Llegado de Europa hace ocho días, ¿pensaría ya en regresar?

THOMPSON.- Nada de eso. Se trata de un pasaporte para Chilecito, donde tengo que realizar algunos estudios mineros; pues sabrán ustedes -o no sabrán- que les está hablando todo un ingeniero de minas.

PEÑA.- Pues, yo lo creía a usted dedicado exclusivamente a la carrera diplomática... Y a propósito de diplomacia (Enseñando con una sonrisa la cinta roja de THOMPSON.) sin que esto importe la más leve intención de crítica, veo que no ha tardado usted en adaptarse a nuestros hábitos...

THOMPSON.- (Con buen humor.) ¿Mi cinta punzó? Diplomacia pura, en efecto. Lo que usted y muchos otros toman por una divisa federal, muy parecida a la que sin duda guardan en el bolsillo, es sencillamente la insignia de la orden belga de Leopoldo, otorgada a este pichón de diplomático argentino por la hazaña, verdaderamente diplomática, de haber asistido a la conclusión de un tratado comercial. Volviendo a mi carrera, es cierto que, hasta hace algunos meses, he estado desempeñando las poco recargadas funciones de segundo secretario -ad honorem- de nuestra legación en Londres. Allí, gracias a la benevolencia del ministro don Manuel Moreno, amigo de mi padre, pude dedicarme, durante años, en King's College, a los estudios científicos de mi afición hasta recibir el año pasado el diploma de ingeniero de minas.

PEÑA.- ¿No será precisamente en su país donde espera ejercitar la profesión?

THOMPSON.- Pues no crea usted. Por lo pronto, un grupo de capitalistas ingleses ha resuelto resucitar la difunta sociedad rivadaviana de "Los minerales de Famatina". De ahí el que, siempre por recomendación del ministro Moreno, se me propusiera, en condiciones muy ventajosas, una misión de estudio de esas minas. Heme aquí, pues, en vísperas de dejar sin gran sentimiento este tétrico Buenos Aires y partir para Chilecito a desempeñar mi cometido... Y con esto los dejo a ustedes entregados a su politiquería y discúlpenme que los haya interrumpido, hablándoles de lo que sólo a mí puede interesar...

MAZA.- Pero, Jaime, creo interpretar el parecer de Jacinto, diciéndote que no estás de más en nuestra conversación...

(PEÑA hace una señal de asentimiento.)

THOMPSON.- (Dirigiéndose a PEÑA.) Gracias, amigos míos, por su confianza; pero permítanme no aceptarla. [No es un misterio para mí que está urdiéndose una conspiración cuyos lineamientos, si bien conjeturales, andan en boca de la gente. No debo saber más.] Y permítanme agregar, correspondiendo a su honrosa demostración, que tal vez se hayan mostrado algo ligeros con ciertas adhesiones recientes... Conque ¡hasta ahora!... No estaré más que algunos minutos, y supongo que todavía encontraré aquí a mi amigo Peña... (Sale por la puerta del fondo.)

Escena V

MAZA, PEÑA.

PEÑA.- ¡Qué simpático sujeto!

MAZA.- Sí, y algo más, según sus directores ingleses que colocan en el mismo nivel superior la personalidad moral de Thompson, y su talento... ¡Qué signo de los tiempos, Jacinto, el que nosotros, sus amigos, estemos en el caso de deplorar su vuelta al país, y hacer votos por su pronto regreso al extranjero! Y dígame: ¿supongo que a usted, lo mismo que a mí, no se le habrá escapado la alusión contenida en su última frase? (Con ira

reconcentrada.) ¡Si ello fuera cierto, y que por obra de un traidor se sacrificaran en vano nuestros amigos y corriera peligro la vida de Enrique Lafuente, voto a Dios que el miserable no había de llevar al infierno el castigo de su traición!

PEÑA.- Esperemos que eso no sucederá. Entre tanto (Mirando el reloj.) ya van a dar las doce: creo que por ahora nada más tenemos que decirnos. Y si está usted decidido a esperar aquí hasta la noche...

MAZA.- No estoy decidido, y las últimas palabras de Thompson aumentan mi perplejidad... (Se interrumpe para escuchar. Hace un momento que viene llegando desde la calle un rumor de tropel de gente y de tambor que bate marcha. Se acerca gradualmente. Ya se perciben gritos de ¡viva! y ¡muera! lanzados por una voz sola y repetidos por la muchedumbre callejera. Ha abierto la ventana y mira por la reja volada.) ¿Qué algarada será esa?

UNA VOZ.- ¡Viva el ilustre Restaurador de las leyes, brigadier don Juan Manuel de Rosas!...

EL PUEBLO.- ¡Vivaaa!

OTRA VOZ.- ¡Viva su digna hija, doña Manuelita de Rosas y Ezcurra!

EL PUEBLO.- ¡Vivaaa!

PEÑA.- (Que se ha acercado y mira también.) Es una manifestación de la distinguida Sociedad popular que sale de San Juan, amadrinada por el benemérito comisario Laguna, ¡Gracias a Dios que, sin llegar hasta aquí dobla por la esquina del Restaurador!... Según parece, ha venido escoltando el coche de Manuela Rosas, que sin duda salía de misa...

OTRA VOZ.- ¡Muera el pícaro viejo Maza, renegado de la Santa Federación!...

EL PUEBLO.- ¡Mueraaa!

MAZA.- (Haciendo un gesto violento hacia la calle.) Ganas me dan de dispersar a cintarazos a esa canalla...

LA VOZ DEL COMISARIO LAGUNA.- Amigos y compañeros federales: me manifiesta la señorita Manuela que prefiere no oír hoy sino vivas patrióticos. ¡Viva, pues, la Santa Federación!

EL PUEBLO.- ¡Vivaaa!

(Poco a poco se va debilitando el rumor, y el tropel se aleja; pero antes de extinguirse, se perciben los mismos gritos de antes, que se repiten: ¡Muera el viejo pícaro Maza!...)

PEÑA.- (Desde la ventana.) El coche se detiene aquí... ¡Toma! si trae también a Rosita con Manuela y la inseparable María Josefa, que se reconoce a la cuadra por su monumental moño punzó... (Se retiran cerrando la ventana.)

MAZA.- Esa indecente saturnal me ha decidido. Iré a Palermo esta tarde para intentar, a cualquier riesgo, arrancar a mi pobre padre de los colmillos de esa jauría...

PEÑA.- A fe que, pensándolo bien, puede que sea lo más acertado... Si es que no sugiere otra cosa esta visita de Manuela con su amable tía... Y a propósito, ¿no convendría prevenir a Thompson de la visita, por si prefería no entrar en relación con la augusta familia restauradora?

MAZA.- ¡Pero si Manuela y Jaime son amigos de infancia!

Escena VI

Dichos; MANUELA, ROSITA, MARÍA JOSEFA y luego THOMPSON.

(Las señoras visten de negro; MANUELA y MARÍA JOSEFA, de luto, con manto; ROSITA, de mantilla: todas con el moño federal, que ROSITA se quita al entrar. Tras ellas, se ve pasar para adentro al negrito portador de la alfombra de ROSITA.)

MARÍA JOSEFA.- Unos minutos no más: entrada por salida. ¡Qué hermosa manifestación! ¡Ojalá pudieran presenciarla los salvajes de Montevideo que niegan la popularidad del Restaurador! (Saludos, apretones de manos.)

MANUELA.- (Muy afable, a RAMÓN.) ¡Dichosos los ojos! Y también a usted, Peña, tan perdido...

(Éste saluda con una fría inclinación.)

MAZA.- Eso dirán los míos... Pero lo que es hoy, creo que tendrá usted ocasión de saciarse. Pienso ir a Palermo después de comer, correspondiendo a una invitación del gobernador.

MANUELA.- ¡Cuánto me alegro! ¿No es cierto, María Josefa, que es buena noticia para todos?

MARÍA JOSEFA.- Seguramente... (Entre dientes.) Según y conforme...

MANUELA.- ¿Y por supuesto, con Rosita?... Allá estará también su hermana Mercedes, aunque Juan quedó en el Salado.

MAZA.- (A ROSITA.) ¿Qué te parece?

ROSITA.- ¡De mil amores!... La tarde va a estar espléndida con este tibio sol de junio. Iremos y volveremos a caballo, sin darnos prisa...

MANUELA.- ¿Por qué no se vienen a comer con nosotros? El coche es de cuatro asientos. Y ya saben que tatita no come hasta las dos...

MAZA.- Muchas gracias, pero hoy me es imposible: tenemos un convidado...

ROSITA.- [Y es un viejo amigo tuyo: tu antiguo compañero de juegos y paseos en la estancia del Pino.]

MANUELA.- (Procurando disimular su emoción.) Jaime Thompson, ¿verdad? Qué gusto tendré en verlo. Supe que había vuelto de Europa hace unas semanas, y extrañamos no recibir su visita, ni en casa ni en Palermo...

MARÍA JOSEFA.- De veras que ha tenido tiempo sobrado; y más siendo hasta ayer empleado del gobierno...[31] Pero, ya se ve: se nos vendrá hecho un inguilis mánguilis...

MANUELA.- (Sin parar atención en la charla de su tía.) ¿Y dónde está el viajero?

MAZA.- (Dirigiéndose al fondo.) Estaba escribiendo unas líneas... un pedido de pasaporte. Voy a ver si ha terminado. (Al salir al zaguán, da con THOMPSON, que estaba por entrar.)

THOMPSON.- (Aparece con un pliego cerrado, que luego dejará sobre la mesa.) Ya está mi nota al señor Victorica... Y no me ha costado poco redactarla en medio de esa infernal batahola. ¿Qué era eso, una revolución? (MAZA le hace señas de callar mientras entran al proscenio.) ¡Oh, Manuela! ¡cuánto celebro el feliz encuentro! (Le da la mano y después a MARÍA JOSEFA.) Y lo mismo le digo a usted, doña María Josefa.

MARÍA JOSEFA.- (Agridulce, mirándolo.) Y vos siempre buen mozo, aunque tan agringado como te me habían pintado...

THOMPSON.- En cambio, usted nada ha variado en cinco años. Y la supongo tan poco cambiada en lo moral como en lo físico. Mis felicitaciones...

MARÍA JOSEFA.- Me encontrarás como me conocistes: pan, pan, vino, vino...

MAZA.- (Entre dientes.) Y vinagre, vinagre.

PEÑA.- (Se acerca a despedirse.) Estaba saliendo cuando ustedes entraron... Señoras... (Da la mano.)

MAZA.- Te acompañaré para que me des esos papeles... (A MANUELA.) Son dos cuadras; vuelvo al momento... (A ROSITA, que ha ido con él hasta la puerta del zaguán, enseñando a MANUELA y THOMPSON que están cambiando algunas palabras a media voz, y a quienes visiblemente estorba la presencia de la tía.) Procura quitar de en medio al mamarracho: estos chicos se desviven por cantar a solas su duettino...

ROSITA.- Descuidá: me encargo de eso. (Salen RAMÓN y JACINTO, y ROSITA vuelve al proscenio.) Necesito pedirte un favor, María Josefa. Tengo preparado un fiambre, y para no quedar mal con este convidado de tono, quisiera que me enseñaras aquella salsa fría que tanto nos gustó en tu casa. Ya me distes la receta, pero no me animo si no me la muestras otra vez...

MARÍA JOSEFA.- Hija, con mucho gusto. Vamos allá, vamos allá. (Deja sobre la mesa tapado, mantilla, abanico, mitones, rosario, etc., mientras sigue hablando.) ¿Me permitirán dejarlos solos un momento?

THOMPSON Y MANUELA.- (A dúo.) Sí, sí.

MARÍA JOSEFA.- (A ROSITA, al marcharse juntas.) ¿Tienes en la cocina todo lo necesario: grasa de choncho, hongos, zanahoria, cebolla, puerros, perejil...? Vamos ligero

que es tarde. ¡Ah! me olvidaba de lo mejor: un vaso de vino blanco... de los nuestros, con preferencia de Mendoza o La Rioja... Pero (volviéndose desde la puerta a los jóvenes, con algo de sorna.) ¿no se resentirán si los dejamos solos unos minutos?

THOMPSON Y MANUELA.- (Juntos, mientras ROSITA se ríe sin disimulo.) ¡No, no!

(Salen MARÍA JOSEFA y ROSITA.)

Escena VII

THOMPSON, MANUELITA ROSAS.

THOMPSON.- ¡Qué criatura tan simpática... (Aparte, refiriéndose a ROSITA que ha salido con la tía MARÍA JOSEFA.) sobre todo cuando se lleva a la otra! ¡Es tan graciosa, que resulta hasta bonita!

MANUELA.- ¿A quién se refiere usted?

THOMPSON.- ¿No le parece que ha de ser a María Josefa?

MANUELA.- (Con reproche bondadoso.) ¡Pobre María Josefa! Sería crueldad poco digna de usted perseguir a una infeliz vieja en quien penetran las burlas como los alfileres en un acerico, Pronto se convencerá, Jaime, de que esos rasgos ridículos son todos de superficie y no afectan el fondo, que es excelente. Es una penca espinosa llena de agua fresca en su cogollo. ¡Si supiera usted cuánto la prefiero a otras tías más vistosas!... A usted, que ha de ser siempre tan generoso como lo conocí, le bastará, para que todo le perdone, desde sus tropezones de lenguaje hasta su exaltado federalismo de pacotilla, saber que me quiere más que a nadie y a nada en el mundo...

THOMPSON.- (Con acento sincero.) ¡Que sea éste su mérito mayor y le valga en adelante para merecer mi profunda simpatía! Pero, volviendo a Rosita Fuentes, ¿no es cierto que es una alma exquisita?

MANUELA.- Encantadora y digna seguramente de la dicha más completa... y que quizá la suerte no le depare...

THOMPSON.- ¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso Ramón Maza no posee todas las prendas de un caballero y de un excelente esposo? ¿No la quiere entrañablemente?

MANUELA.- Ramón la quiere y la merece; pero le sospecho embarcado en una aventura terrible, y que tal vez cueste a la pobre Rosita más lágrimas que si fuera Ramón malo o desamorado.

(Después de un silencio, THOMPSON muda la conversación.)

THOMPSON.- Somos algo parientes, y nos vemos a menudo, en confianza fraternal. El ambiente de este hogar, joven y risueño, me refresca el alma. ¿Me permitirá usted confiarle que, con Rosita hablamos mucho de usted? Ayer me estuvo refiriendo la cariñosa solicitud con que usted había rodeado a mi pobre madre, el año pasado, durante su última enfermedad... Algo de ello sabía yo por cartas de la misma enferma; pero, naturalmente, no podía estar informado de lo que siguió después... (Con sencillez conmovida.) Sé ahora que usted la acompañó en sus últimos momentos y que sus ojos fueron cerrados por esa blanca mano que le pido permiso para besar. (Se inclina y le besa largamente la mano.)

MANUELA.- (Desviando el tema para ocultar su emoción.) Igual cosa me pasa con Rosita respecto de usted. Le aprecia y quiere realmente como a un hermano. Hace un rato, en el atrio de San Juan, a la salida de misa, mientras María Josefa hacía su colecta de chismes parroquiales, Rosita me contaba algunos detalles de su existencia en Inglaterra, tan interesantes y honrosos que -se lo confió con algún rubor- estoy aquí, en realidad, yo, Manuela Rosas, haciendo una visita a quien no se ha dignado hasta ahora, hacérmela a mí...

THOMPSON.- ¡Oh! Manuelita, no me hable usted así. Bien lo adivina usted, son consideraciones extrañas a su persona las que me han hecho diferir el cumplimiento de esa obligación -ella, perdóneme la franqueza- quizá no tenga de cómoda y grata sino la parte que, por adelantado, estoy ahora disfrutando... Además (Con una pausa de vacilación.), no estaba yo seguro de que la actitud de usted conmigo sería... lo que es: ¡tan extraños rumores me llegaban allá...!

MANUELA.- ¿Rumores de qué género?

THOMPSON.- ¡Oh! nada ofensivo a su persona. Pero algunos la describían como representando en Buenos Aires no sé qué papel de infanta... ¡Hasta llegó a propalarse que

figuraba usted en los proyectos de la Junta legislativa como presunta heredera de la dictadura paterna!...

MANUELA.- (Alzando los hombros.) ¿Y esa ridiculez es todo lo que ha sabido de mí?

THOMPSON.- No; he sabido también que entre los excesos y violencias de un poder sin freno, su influencia no dejaba un instante de interponerse para atenuar en lo posible el peso de las iniquidades, y poner un poco de bien junto a tanto mal... Con todo, confieso que, hasta hoy, me he sentido renitente para cumplir con un deber que reconozco imprescindible...

MANUELA.- (Con una punta de melancolía.) ¡Ay! demasiado me hago cargo de su desvío, quizá fundado en prejuicios o informes exagerados y que no quiero discutir con usted... Pero en su interés propio, comprenderá que esa visita oficial no puede diferirse más; y agregó, guiada por motivos especiales, que le aconsejo aprovechar la bella tarde de hoy para realizar un paseo a Palermo, el cual será, por cierto, en la más agradable compañía que pudiera usted desear...

THOMPSON.- ¿Con Ramón y Rosita? No puede imaginarse mejor, en efecto, y le doy las gracias por su insistencia...

MANUELA.- (Súbitamente alegrada.) Y ahora, para no hablar sino de los gratos recuerdos de otro tiempo, ¿nada le trae a la memoria la fecha de hoy, ni la fiesta que se celebra en la iglesia vecina?

THOMPSON.- (Queda buscando unos segundos; luego, golpeándose la frente.) ¿La fecha de hoy?... ¡Oh! qué abobado estaba! ¡Si no tengo recuerdo más presente y vivo! No agregue usted una palabra, Manuelita, y déjeme volver solo por mi crédito comprometido. ¡El día de San Juan del año 34! ¡Ha podido pasármese por un momento la fecha del almanaque, pero ese recuerdo nunca se ha separado de mí!... Hace cinco años, en tal día como hoy, una niña primaveral y un tímido adolescente deletrearon juntos en el libro del corazón, la primera página, la más dulce de todas porque es la más pura.

MANUELA.- (Algo inquieta, sonriendo para disimular.) Ahora voy temiendo que tenga usted demasiada memoria...

THOMPSON.- ¿Cómo olvidar las últimas y exquisitas horas que juntos saboreamos en su estancia del Pino, donde vivía yo mucho más que en la nuestra del Manantial? Era la víspera de mi regreso a Buenos Aires, donde tenía que embarcarme para Inglaterra... Quiso la suerte que disfrutáramos sin estorbo toda aquella tarde, que marcaba el término de tres semanas de deliciosa intimidad. Brillaba un tibio y radiante sol de invierno, como el de hoy. Nos dirigimos a caballo, solos, a un puesto donde sabíamos que se había armado un baile campestre por la boda de una hija de su capataz...

MANUELA.- La Casilda, mi hermana de crianza...

THOMPSON.- Nos mezclamos a esa gente sencilla; hasta recuerdo que bailamos juntos un baile criollo, al son de la guitarra y con sendas relaciones improvisadas.

MANUELA.- Un pericón en cuadro con los novios. Y a fe que lo hacía usted muy bien, y me parecía elegante con su poncho recogido y su pañuelo de seda al cuello...

THOMPSON.- ¿Y qué decir de usted, fresca y pura como una flor, con su cabeza de camafeo, más perfumada que el clavel rojo, único adorno que ese día llevaba en la sien?...

MANUELA.- (Desprende furtivamente su moño y lo deja en la mesa; luego, cual hablando consigo misma.) Sí, aquellos contactos eran sanos en su rusticidad; no como otros rozamientos arrabaleros y nauseabundos que me he visto obligada a sufrir después...

THOMPSON.- (Evocando a media voz la escena lejana, que MANUELA, con los ojos bajos, sigue con avidez.) Volvimos algo tarde, en el breve crepúsculo; pero riendo y cantando a la par de los pájaros que ya se recogían en los ramajes. Yo, de muy antes, conocía su gracia intrépida de precoz amazona porteña; pero ese día, a ratos me quedaba atrás para admirar su esbelta silueta en el ajustado vestidito claro, con sus trenzas atadas de la punta y la boina punzó, cuyo reflejo palidecía un poco su delicado perfil... Íbamos recorriendo así, al corto galope de campo, las dos leguas que nos separaban del Pino, cuando de repente, al arrancar su caballo para trepar la barranca del arroyo de Morales, se rompió una hebilla de la montura; y en ese despoblado, con la noche cercana, no hubo más remedio que dejar el caballo suelto y subir usted en ancas del mío para la legua que faltaba. El fresco arreciaba; y como sintiera yo sus manos frías, la obligué a que las metiera sobre mis hombros, bajo de mi poncho. A veces, para calentarlas, posaba sobre una de ellas mi derecha libre, pareciéndome tener allí unas charreteras de seda... Pero desde ese momento ya no nos hablamos con la soltura de antes; y fue casi en silencio como, ya cerrada la noche, llegamos a su casa. Al saltar al suelo, se desprendió el clavel de sus cabellos, y usted fue quien, más ligera que yo, lo recogió para regalármelo. Helo aquí... (De su cartera saca un sobrecito que contiene la flor seca.) Allá, en mi cuarto de Londres, en medio del estudio nocturno, cada vez que me volvía la añoranza del pasado, extraía de su relicario la flor marchita; y, de pronto, parecíame que trascendía en el ambiente una fragancia sutil emanada del inmortal recuerdo... (Lentamente y bajando la voz.) Es así, Manuela, cómo he olvidado aquel 24 de junio...

MANUELA.- (Profundamente conmovida.) Si usted, en el bullicio de la gran metrópoli europea, no ha olvidado el idilio de nuestra juventud, ¿qué mérito tengo yo en haber conservado su recuerdo, volviendo cada año al sitio mismo donde ocurrió y subsiste intacto su marco de frescura?... Así han pasado cinco años, con la mezcla de tristezas y alegrías que componen la existencia más feliz; pero, sin duda, lo que menos ha cambiado, es el sentimiento de quien los ha vivido en presencia de la inmutable naturaleza...

(Silencio, interrumpido por la entrada de MARÍA JOSEFA y ROSITA.)

Escena VIII

Dichos, MARÍA JOSEFA, ROSITA, luego MAZA.

MARÍA JOSEFA.- ¿He tardado mucho?

THOMPSON.- Un siglo, que nos ha parecido un minuto... No (Corrigiéndose al mirar a MANUELA.), quise decir lo contrario...

MARÍA JOSEFA.- ¿Sí, eh? ¡Buen farsante!... Pero, vamos, Manuelita, que ya son más de las doce y media... (Mientras se ponen el manto, los guantes, etc., MARÍA JOSEFA refunfuña a media voz, delante del espejo.) ¡Así, el boquirrubio como la mosquita muerta, muy creídos están de que me la pegan! Falta saber cómo a Juan Manuel le sentarán estos revuelos... ¿Ya estamos? ¡Hasta luego! ¡Au rebruar!

MANUELA.- (Que ya salía, vuelve sobre sus pasos; a THOMPSON.) ¡Ah! Deme usted esa solicitud de pasaporte para que se la haga tramitar.

THOMPSON.- (Se la da.) ¡Cuánta bondad!

MANUELA.- (Despidiéndose, con besos, de ROSITA.) ¡Qué contenta estoy!

ROSITA.- Ya lo veo, Manuelita...

MAZA.- (En la puerta.) ¡Hasta luego!

MARÍA JOSEFA.- (Con ironía a THOMPSON, que se dispone a acompañarlas hasta el carruaje.) No te incomodes por mí... Sin cumplimann...

THOMPSON.- Usted pronuncia el francés como un nativo...

MARÍA JOSEFA.- (Que husmea la burla.) ¡Eh!...

THOMPSON.- Formal... Como un nativo... de la Coruña.

ROSITA.- (A RAMÓN.) ¡Qué preciosa pareja harían!... Si esto pudiera cuajar, sería una dicha para todos nosotros, y acaso para el país...

RAMÓN.- Muy difícil... Ni él querrá ser yerno del Restaurador, ni ella aceptará jamás abandonar a su tatita...

(Vuelve THOMPSON.)

Vamos a la mesa, que va a dar la una y tenemos que estar en Palermo antes de las tres, si no queremos volver de noche.... aunque hoy habrá luna casi llena. A propósito (A ROSITA.) te propondría, para no perder tiempo en buscar caballo, que Jaime fuera en tu zaino... ¿A no ser que te repugne ir en ancas, como cuando novios?...

ROSITA.- (Afectando gazmoñería.) Sí, mucho me repugna ir en ancas de este marido tan horroroso y antipático. Vamos al comedor. (Toma el brazo a JAIME.)

RAMÓN.- (Que los sigue, quedando un poco atrás.) Tu marido, pobre criatura... ¡Sabe, Dios cuánto tiempo te durará!...

Acto II

La quinta de ROSAS en Palermo, hacia 1839 (antes de la transformación operada durante su permanencia, que desde 1842 fue allí casi estable). El escenario representa el patio trasero de la casa, lleno de árboles y plantas de adorno; mesas volantes y asientos rústicos. Se yergue en segundo término un corpulento ombú, cuyo ramaje, formando cenador, entolda esta parte central de la escena. La espaciosa casa baja desarrolla casi de perfil, a la izquierda del espectador, su galería de pilares a la que se accede por unas gradas; de la fachada lateral que cuadra el frente y se pierde entre bastidores, sólo queda visible una ventana, a unas dos varas del suelo. A la derecha, la entrada de una glorieta entapizada de enredaderas; en el fondo, perdida en la espesura, una ermita ruinosa, cuya torrecilla en cubo surge de la arboleda; del mismo lado, en primer término, el arranque de la calle que conduce al cuerpo de guardia y portón de entrada. Empieza el acto poco después de las tres de la tarde (habiendo transcurrido menos de dos horas desde el final del primer acto y terminará al anochecer, después del corto crepúsculo de invierno, a la luz de los faroles encendidos en la galería y los follajes.

Escena I

TENIENTE DÍAZ; GENERAL CORVALÁN; después el CAPITÁN ÁLVAREZ MONTES.

(El TENIENTE DÍAZ, sentado en un banco cerca de la gradería, se pone de pie al ver llegar al GENERAL CORVALÁN y, después de la venia, escucha sus órdenes.)

CORVALÁN.- Teniente Díaz: avise al capitán Álvarez Montes, en el cuerpo de guardia, que le llama el general Corvalán. Y puede usted quedar a comer allí. (Vase el TENIENTE DÍAZ, y CORVALÁN queda paseándose en el escenario, meditabundo.) ¿Qué cosas van a suceder aquí esta tarde?... (Se presenta el CAPITÁN ÁLVAREZ MONTES: traje de cuartel; hace la venia y espera órdenes.) Capitán Álvarez Montes, aunque de hecho queda usted relevado de este servicio por haber vuelto a tomarlo el teniente Díaz, que se había ausentado en comisión, dispone Su Excelencia que no se aleje de la quinta hasta segunda orden. (Mirando hacia la derecha.) ¡Toma! ¿Qué no es el comandante Maza quien allí se apea, con su mujer y el joven Thompson?

ÁLVAREZ MONTES.- Ellos son, mi general. (Hace ademán de retirarse hacia el fondo.)

CORVALÁN.- ¿Qué es eso? ¿No tiene usted relación con Ramón Maza?

ÁLVAREZ MONTES.- (Algo corrido.) Como no viene solo... Por discreción...

CORVALÁN.- ¡Dijeras por vergüenza, bellaco!..

Escena II

Dichos, MAZA, ROSITA, THOMPSON.

(Los recién llegados se han desmontado entre bastidores; los hombres han conservado en la mano su látigo. Saludos; venias de los militares.)

ROSITA.- Buenas tardes, general. (Después de una fría inclinación a MARTÍNEZ presenta THOMPSON a CORVALÁN.) ¿No se conocen? Mi amigo y pariente Jaime Thompson, el general Corvalán. ¿Todavía están en la mesa?...

CORVALÁN.- Están terminando. Pero ustedes... si gustan...

ROSITA.- ¿Qué te parece, Ramón?

MAZA.- Vos que sos de la casa, es natural que entres. Yo he sido llamado por el Gobernador: quedaré aquí con Thompson, esperando que aquél se levante de la mesa para anunciarle mi presencia.

CORVALÁN.- Si usted me permite, Rosita, la acompañaré. Está en la sala su hermanita Mercedes, que no ha venido a la mesa. (Suben las gradas y desaparecen por la galería.)

Escena III

Dichos, menos CORVALÁN y ROSITA.

(Durante el breve diálogo de MAZA y ÁLVAREZ MONTES, THOMPSON se mantiene alejado, observando el sitio.)

MAZA.- (Con frialdad.) Algo me sorprende encontrarlo aquí, capitán...

ÁLVAREZ MONTES.- (Sonriendo forzadamente.) Lo mismo podría decir yo, comandante...

MAZA.- Yo vengo llamado por un oficio del Gobernador...

ÁLVAREZ MONTES.- Y yo por orden del edecán general. Desde anteayer estoy substituyendo al ayudante Díaz.

MAZA.- Bien; pero como no nos hizo saber este cambio de servicio, después de la reunión a que asistió en casa... Y por acá (Echando una sonda.) ¿no ha ocurrido novedad?...

ÁLVAREZ MONTES.- (Con deseo visible de no prolongar el diálogo.) Nada comandante, que yo sepa, al menos...

MAZA.- (Con desconfianza.) Si nada sabe usted... Está bien, capitán. No le detengo más.

(Se retira ÁLVAREZ MONTES, haciendo una venia a MAZA y una ligera inclinación a THOMPSON.)

THOMPSON.- (Que le ha mirado alejarse.) ¿Es ese el nuevo afiliado a que de oídas me refería ayer? No me gusta; y sentiría saberlo depositario de un secreto mío...

MAZA.- [¿Qué fundamento tienes para hablar así?]

THOMPSON.- [¿Fundamento? Ninguno. Es una simple impresión. Le encuentro un aspecto sospechoso; lo que en su estilo un torero definiría: "un bicho de mirada sucia". Pero, ¿qué diantre los ha inducido a anexarse ese individuo?]

MAZA.- (Con violencia.) ¡Eh! A mí tampoco nunca me gustó; y menos hoy, que lo encuentro rondando las cercanías del tirano... (Mirando hacia la izquierda.) Pero allá diviso al amigo Enrique Lafuente, que sin duda me está buscando... Seguramente, como oficial de secretaría, ha de estar al tanto de cualquier novedad.

THOMPSON.- (Disponiéndose a apartarse.) Voy a dar un paseíto por la quinta mientras ustedes conversan de su asunto.

MAZA.- ¿Por qué no te quedas, Jaime? Podría ser útil que conocieras la situación.

THOMPSON.- Te expliqué hace unas horas mis motivos para abstenerme. Ahora tendría quizá otros más en apoyo de esta actitud... Escucha. Si hoy o mañana llegaras a necesitar de un amigo para secundarte en cualquier lance o proteger a Rosita: cuenta conmigo. Si, más tarde, me encuentro aquí cuando despliegues la bandera liberal para combatir la tiranía en el campo de batalla, estaré al lado tuyo. Pero no me pidas que entre hoy en un complot a que tú mismo no has adherido con entusiasmo. No insistas más. (Saluda a LAFUENTE, dándole un apretón de manos.) ¡Los dejo hablar a solas, deseándoles buen éxito! (Se va.)

Escena IV

MAZA, LAFUENTE.

(Después de darse la mano se retiran hacia la izquierda.)

LAFUENTE.- (Con gravedad.) Al ver entrar a Rosita en el comedor, comprendí que estabas aquí y me escabullí sin ser notado. Hoy encontrarás al tirano desbordante de regocijo por [dos acontecimientos a cual más fausto para él. Es el primero la noticia de haber sido fusilado anteayer en el Arroyo del Medio -por su orden, naturalmente- el ex gobernador de Santa Fe, don Domingo Cullen, acusado de inteligencia con la escuadra francesa. El segundo motivo de regocijo, para el Restaurador, no es otro que] la revelación de nuestro complot, con todos los detalles del día, hora y forma de la tentativa.

MAZA.- ¡Qué desastre!...

LAFUENTE.- Sí, todo está perdido. Están ya tomadas todas las medidas de defensa, y, como verás, con la parte de bufonería mezclada a la tragedia que es característica de Rosas. Hemos sido vendidos.

MAZA.- ¡Un traidor! No necesito que me lo nombres...

LAFUENTE.- Acabo de verlo rondar por aquí, sin duda tras de algún hilo más para su trama...

MAZA.- Perdí cuidado Enrique: te juro que si de ésta escapo con vida, él no escapará de la justa expiación...

LAFUENTE.- Todo vendrá a su tiempo. Por ahora, sólo pensemos, [antes que en el castigo del criminal,] en la salvación de las amenazadas víctimas. Dentro de una hora, a no recibir aviso contrario, nuestros amigos desembarcarán aquí cerca, dispuestos a apoderarse de la persona del tirano, a quien supondrán descansando en su sesteadero. Ahora bien: gracias a los informes suministrados por el traidor, he aquí lo que encontrarán. Los desembarcados divisarán, en efecto el bulto de un hombre sentado entre el follaje, vestido como el tirano y que no será sino uno de sus bufones: esta vez le toca al idiota "Don Eusebio" servir de añagaza a nuestros cazadores. Conforme a nuestro plan, el esperpento no corre en realidad peligro alguno; pero esto, lo ignora su amo, que no ha vacilado un segundo en sacrificar eventualmente al infeliz. Rosas prevenido, tendrá apostados unos veinte soldados que, a un grito, rodearán a los asaltantes, con orden de hacer fuego ante el menor conato de resistencia. Tal es el drama que se prepara. Ahora bien: frustrada nuestra intentona, ¿cómo impedir la catástrofe? (LAFUENTE, girando una mirada en derredor, ve, hacia el fondo, a ÁLVAREZ MONTES, que se ha acercado con disimulo, hasta ocultarse tras el ombú para oír la conversación. LAFUENTE, sin hablar, lo indica a MAZA que da un paso hacia el espía.)

MAZA.- ¿No ves a ese miserable que se atreve todavía?...

LAFUENTE.- Calma, Ramón, nada de alboroto por ahora. (Dan vuelta al ombú. ÁLVAREZ MONTES ha desaparecido.) Tal vez estuviera ahí por casualidad: creo que

estaba de guardia... Pero ganemos este reparo, donde nadie nos puede ver ni oír. (Se colocan contra el ala izquierda del edificio, debajo de la ventana. Se ve a ÁLVAREZ MONTES doblar por el fondo de la casa.)

MAZA.- ¿Y esa ventana?

LAFUENTE.- Cerrada, como ves, Por lo demás, cabe en cuatro palabras lo que necesitas saber. No has olvidado que a las cinco en punto nuestros amigos desembarcarán del bote francés, a no recibir desde tierra una señal contraria. Esta señal convenida ya la conoces... (Asentimiento de MAZA.)

(Mientras estaba hablando LAFUENTE, se ha visto la ventana entreabrirse y aparecer la cabeza de ÁLVAREZ MONTES en la abertura. En este momento MAZA, que ha alzado los ojos, nota la ventana entreabierta, y con un ademán impone silencio a LAFUENTE. Después se sube vivamente en una silla para echar una mirada al interior, donde no ve a nadie.)

MAZA.- Me parece que esta ventana no estaba así. De todos modos volvamos al descampado y habla despacio, es más seguro... (Vuelven a colocarse en medio del proscenio.)

LAFUENTE.- (A media voz, apenas perceptible para el público.) Termina. ¿Quién, al minuto fijado, encenderá los dos fuegos salvadores? Yo, sin duda, pues los tengo preparados y me encuentro en el sitio. Pero algo podría acontecerme que me inutilizara...

MAZA.- Aquí estoy para substituirte.

LAFUENTE.- Por eso he querido informarte. Los cohetes se encuentran en la capilla, tras del altar. Ahora separémonos. Para alejar toda sospecha de mi presencia en el sitio, voy a despedirme ostensiblemente de Corvalán. Subo a caballo, camino de la ciudad, y vuelvo sin ser visto a ganar mi escondrijo de la ermita y esperar la hora. ¡Adiós!... (Se aleja LAFUENTE hacia la galería, mientras se ve pasar en el fondo a ÁLVAREZ MONTES, que de lo último nada ha podido pescar y se dirige hacia el cuerpo de guardia.)

Escena V

MAZA, THOMPSON.

THOMPSON.- (Que llega del fondo.) ¿Ya concluyó la conferencia?

(MAZA asiente con la cabeza.)

Pues, señor, este camino de sauces, hasta la lengua de agua y del barco varado, es un encanto... [Por suerte, el monte ha quedado como lo conocí hace años, sin embellecimientos de parque mal rozado...] ¡Pero cuánto tarda ahora en "restaurarse" nuestro ilustre Restaurador!

MAZA.- Ha de ser por los convidados. Él sigue siendo muy frugal... Allá veo salir al negro Adolfo, ordenanza favorito, que sin duda viene por nosotros...

EL ORDENANZA.- (Baja las gradas, dirigiéndose a Maza.) Manda decir Su Excelencia que si el señor coronel gusta pasar a su salita particular...

MAZA.- Allá voy. (A THOMPSON.) Si quieres que te anuncie...

THOMPSON.- No hay prisa. Aquí veo una glorieta deliciosa para fumar un puro y digerir tu excelente comida...

MAZA.- No seas prosaico: confesá más bien que vas a soñar con la Diana de este bosque... ¡Hasta luego!

(Se siente un tropel por la derecha.)

Pero no te van a dejar tranquilo. Allá llega el ministro Mandeville con su fiel escudero, Mr. Love, editor del British Packet... (Se va por la galería, guiado por EL ORDENANZA.)

Escena VI

THOMPSON, en la glorieta; luego MANDEVILLE, LOVE; después CORVALÁN.

THOMPSON.- (Se dirige a la glorieta y, tendido en un sillón rústico, enciende un cigarro.) ¡Diana! Sí, el nombre mitológico no sentaría mal a tanta gracia y esbeltez, si no trajera aparejada la imagen de un Júpiter paterno tan bellaco y cerril...

(MANDEVILLE y LOVE entran por la derecha después de dejar atados sus caballos al palenque -invisible para el espectador-. Visten traje de montar a la inglesa, de esmerada corrección el primero; el segundo, un si es no es grotesco con su calva absoluta coronando una cara lampiña de clown. Por el acento, además de una que otra exclamación inglesa sembrada en el diálogo, el público imaginará que los dos interlocutores se expresan, naturalmente, en su lengua.)

MANDEVILLE.- (Habla con la pausa impasible que se ha dado en llamar "flema británica".) Well, querido Love, henos ya en la cueva del tigre de las Pampas -que no tiene tigres-. Este galopcito de una legua, en el tibio ambiente, me ha sentado a maravilla. (Pasando hacia la galería.) Parece que están todavía en la mesa: esperemos aquí, charlando al aire libre... Debo confesarle a usted que, aparte de la reserva que por mi puesto debo observar en mis relaciones con el Jefe del Estado, me sentiría muy poco llamado a visitarlo en su casa, a no hacer los honores de ella su hija Manuela.

LOVE.- Comparto su opinión, señor ministro, respecto del grado muy diverso de simpatía que una y otra persona inspiran. Pero, dicho esto... (Se interrumpe señalando la glorieta.) me parece que alguien está sentado allí...

MANDEVILLE.- Ha de ser algún sesteador criollo; alguien incapaz, en todo caso, de entender una palabra de inglés. Siga usted...

LOVE.- Iba a caracterizar ese como daltonismo que, a mi entender, afecta nuestra visión de las cosas argentinas, achacándolo precisamente a la escasa simpatía que les tenemos. Quiero decir que para apreciar este país con equidad completa, nos falta, como forasteros, el indispensable elemento psicológico; entiéndase, todo lo que agrega al conocimiento íntimo de las cosas, nuestro amor por ellas.

MANDEVILLE.- De acuerdo, excelente Love; siempre que ese sentimiento de simpatía o antipatía no llegue a la pasión suscitadora de ilusiones [y sí exprese un promedio de juicio parciales -e imparciales-] sugeridos por otros tantos actos públicos. Aceptando, pues, la parte de verdad contenida en su observación, me permito pensar que en mis opiniones generales sobre el país -y en particular sobre el dictador, ya que de él estamos tratando- se combinan en dosis razonable la relativa simpatía y la razón crítica para que me atreva a tenerlas por aproximadamente justas. Para mí, por ejemplo, Rosas no es una fiera, ni siquiera un monstruo integral a lo Nerón o Calígula; sino un bárbaro, doblemente anormal por índole y por destino. En su índole veo amalgamados los más contrarios elementos, y que todos subsisten, si bien con actuación alternativa: estirpe noble, pero cargada de vicios ancestrales, educación doméstica y escolar casi nula; instintos de dominación criados sin freno en la campaña selvática, para luego prosperar y conquistar absoluto predominio, gracias a este medio de convulsa anarquía político-social. Lo que de tan varias influencias ha resultado, es lo que vemos: un vistoso y vicioso ejemplar de déspota sudamericano,

dotado de complexión a la vez robusta y neurótica, cuya crueldad felina o brutal, según el caso y la hora, alterna con rasgos súbitos de mansedumbre: un impulsivo de actividad morbosa en quien, a los lúcidos intervalos suceden accesos de verdadera demencia: un contraste chocante de urbano en la pampa y de rústico en la ciudad, a quien, sin embargo, se haría agravio desconociendo que cruzan la noche de su ignorancia relámpagos geniales. En suma, salvo error u omisión, veo en Rosas el producto híbrido de una semicivilización, que, aquí mismo, no hubiera, en tiempos regulares, dado mucho más de un gaucho malo enriquecido, pero a quien las circunstancias anómalas y el pánico de sus conciudadanos han encaramado a la dictadura, que él exigió con insistencia perversa, para ejercerla sin freno ni control.

LOVE.- ¡Muy bien, señor ministro! Encuentro el retrato muy vivo y sugerente, aunque quizá un tanto favorecido...

MANDEVILLE.- Se contenta usted con poco. Acaso le sorprenda lo que al déspota concedo a trueque de lo que le quito. Pero me es imposible no reconocer algunos rasgos de grandeza y altura de vistas, entremezclados como hilos de oro en la burda trama de su desatinada o criminal política. Así, lo que en su pobre cerebro, nutrido con fórmulas de gacetas sectarias, él denomina federalismo y propaga a sangre y fuego, no es sino un concepto rudimental del verdadero unitarismo, malogrado por el noble Rivadavia y sus actuales discípulos. Es igualmente un impulso oscuro pero soberano hacia la "Mayor Argentina", con una vaga reconstitución del virreinato, lo que lo mueve instintivamente en su guerra a Bolivia y su resistencia al bloqueo francés. Y por eso, su imposición sangrienta del "rosismo" en Buenos Aires y las provincias, lógica en el fondo, si bárbara en los medios, saca del suelo, como el gigante mitológico, una fuerza al parecer invencible, porque brota del más profundo sentimiento popular, que es el de la patria.

LOVE.- De acuerdo; pero aquella fuerza, si no invencible, por lo menos indiscutible, no es, en manos de Rosas, harto lo vemos, lo que ella representa, sino su disfraz y parodia sangrienta. [Sea como fuere, no dejará usted de concederme que cualquier designio así perseguido, aunque tendiera a un bien problemático, resultaría malogrado por el vicio incurable del instrumento. ¿Qué esperar de un ideal político que se exterioriza con mascaradas callejeras y charrerías de trapos y cintillos, por entre alaridos salvajes de muerte y exterminio?] Y cuenta que lo visto y sufrido hasta ahora no es sino el preludio de lo que vendrá después [siendo fatal que esa "mazorca", expresamente creada para el terror político, exija cebarse más y más en el pillaje y el asesinato].

MANDEVILLE.- El pronóstico es siniestro; felizmente basta cualquier accidente o deterioro imprevisto del instrumento aquél para que cesen sus estragos... En todo caso, yo espero estar lejos cuando se produzca tal paroxismo...

LOVE.- [Así lo preveo yo también, y con sincero sentimiento personal de verle partir, señor ministro.

(Inclinación amable del MINISTRO.)

Y, supuesto que la indiscreción es la primera virtud del periodista, me permitiré preguntarle si en la actual discusión del convenio entre los dos países sobre tráfico de esclavos, ¿es cierto que se haya visto en el caso de soportar del gobierno los desaires personales que se complace en denunciar la prensa montevideana?]

MANDEVILLE.- [Hay en aquello mucha exageración, cuando no mentira pura. Desde luego, está de más decir que con el cultísimo ministro Arana, mis relaciones no han dejado un instante de ser corteses, hasta cordiales. En lo tocante al dictador, que es a quien, sin duda, alude su pregunta: siendo notoria su falta de civilidad, sería tan poco razonable enojarse por su rudeza gauchesca como por el pataleo de un bagual: lo que corresponde es no poner nuestro pie al alcance de su pisotón... Es lo que espero ver definitivamente realizado en un año más, si mi gobierno atribuye a la conclusión del tratado bastante importancia para ascender a su negociador] y entonces le entregaré al ilustre Restaurador, sin rencor ni acrimonia, el finiquito y descargo de todas sus groserías...

LOVE.- Por lo visto, señor ministro, la diplomacia es una buena escuela de filosofía práctica...

MANDEVILLE.- Particularmente la nuestra, que impone como regla a sus agentes de cualquier jerarquía el perseguir la política de los resultados, posponiéndole, como futilidades accesorias, las fórmulas protocolares y hasta las personales comodidades. [A usted que como literato gusta del color local, le citaré un rasgo de mi aprendizaje diplomático. Hace veinte años era yo vicecónsul en Ianina de Albania, cuando la dominaba aquel terrible Alí Bajá, celebrado por Byron. Solía el viejo déspota invitar a tal o cual de los agentes occidentales allá acreditados a uno de sus almuerzos campestres. Éste consistía, sentados en el suelo los comensales, al rededor de un cordero asado en su piel y condimentado con azafrán, en servirse cada cual un pedazo de la pieza con su cuchillo y comerlo, chorreando la grasa entre los dedos, como único cubierto. Recuerdo que a uno de esos festines habíamos sido invitados el cónsul francés y yo, como representantes de los dos países que a la sazón se disputaban las buenas gracias de Alí Bajá. Mi colega parisiense, a la vista de ese manjar de cíclope, se declaró indispuerto, yo repetí mi ración con heroico apetito. La consecuencia fue quedarme dueño del sitio, en tanto que, a las pocas semanas volvía mi delicado rival a saborear los finos menús parisienses. ¿No encuentra usted -con la variante del asado al asador- cierta analogía entre aquella situación y la actual de los dos mismos gobiernos europeos respecto del Alí Bajá pampeano?] Sea de ello lo que fuere, salgo esta noche para Montevideo en nuestro buque de guerra Calliope, llamado para discutir con el agente francés Martigny un punto relativo al bloqueo. No tiene más objeto mi visita a Palermo que despedirme del ilustre Restaurador. Y si le he pedido a usted que me hiciera agradable compañía, es porque, además de alguna vislumbre sobre la situación presente, que -a mí para el gobierno inglés y a usted para su periódico- puede igualmente interesarnos, sé que no envuelve usted a la hija de Rosas en su antipatía por el rosismo.

LOVE.- (Súbitamente refocilado.) ¡Qué he de envolver, señor ministro! Si me atrevo a confesarle -contando con su indulgencia, porque sé que cojea del mismo pie- que no se me

hace soportable la tediosa permanencia en Buenos Aires sino por la contemplación, la fervorosa admiración ¡ay platónica! de las porteñas. [Y por cierto que entre el fragante ramillete se destaca Manuela Rosas, no por una soberana hermosura, como su tía Agustina, pero sí por su exquisita elegancia y esa gracia que alguien dijo "ser más bella que la beldad".]

MANDEVILLE.- ¡Bravo, mi excelente Love! Veo que justifica usted su erótico apellido, según la teoría de Tristán Shandy...

LOVE.- (Con buen humor.) Sí, poco más o menos como justificara el suyo el coronel Masculino que, hace cinco años, conquistó incomparable prestigio entre el bello sexo porteño, inventando aquellos monstruosos peinetones -y creo que fuera la única hazaña... "masculina" de ese guerrero de tocador.

MANDEVILLE.- ¡Oh, muy gracioso! ja, ja, ja!...

THOMPSON.- (Haciendo eco desde su escondite.) ¡Oh, yes, very funny, indeed!... (Se aleja por el fondo. MANDEVILLE queda estupefacto, con la boca abierta.)

LOVE.- Creo que como resbalón diplomático no se puede pedir más...

Escena VII

Dichos, CORVALÁN.

CORVALÁN.- (Baja de la galería y, después de los saludos, dirigiéndose a MANDEVILLE.) El señor Gobernador, informado de la presencia del señor Ministro, me manda decirle que si gusta pasar a su despacho...

MANDEVILLE.- Voy al instante. (Al irse con CORVALÁN, le pregunta, indicándole a THOMPSON, a quien se divisa todavía por entre la espesura.) Dígame general, ¿quién es ese joven que estaba sentado allí?

CORVALÁN.- Es el señor don Jaime Thompson, segundo secretario de nuestra legación en Londres...

MANDEVILLE.- (Entre inquieto y satisfecho.) ¡Ah! tendré mucho gusto en conocerlo...

(CORVALÁN, después de entregarlo a un edecán, en la galería, vuelve a la escena, a tiempo que, por la derecha, entra el CORONEL CRESPO.)

Escena VIII

CORVALÁN, LOVE, el CORONEL CRESPO, capitán del puerto.

CRESPO.- (De uniforme.) Muy buenos días mi querido general... (Apretones de manos.)

CORVALÁN.- Mucho gusto de verle, coronel... ¿No se conocen? El señor Love, redactor del British Packet, el coronel Crespo, capitán del puerto... (CORVALÁN, mirando a Crespo, exclama.) Pero, ¿qué veo... o no veo? ¡Presentarte así, todo afeitado! ¿Estás loco?

CRESPO.- (Golpeándose la frente.) ¡Qué cabeza la mía! Sabrás que no pudiendo usar bigote natural porque me salen unos fogajes en las ternillas de la nariz, me he resuelto a llevarlo postizo. Aquí lo tengo en el bolsillo, pues se me caía al venir a galope. (Saca su bigote postizo.) ¡Cuánto te agradezco la advertencia! Si tuviera un espejito...

LOVE.- (Sacando un espejo de bolsillo.) Aquí tiene usted uno, coronel, muy chiquito... Pero, ya se ve, ¡para mi pelambre!...

(CRESPO se arregla, presentándole LOVE el espejo.)

CRESPO.- Un millón de gracias. Ustedes me salvan de una catástrofe. Ahora puedo presentarme decentemente ante Su Excelencia.

CORVALÁN.- (A media voz.) Que usa la cara afeitada para diferenciarse de sus súbditos. (Con admiración chacotona.) ¡Estás hecho un ogro federal!... Tengo orgullo en ir con vos. (Se alejan juntos.) ¡Ah! mi viejo Pancho: ¡cuando pienso que para llegar a estas mojigangas hemos cruzado la cordillera con San Martín!...

Escena IX

LOVE, después MAZA y THOMPSON.

LOVE.- Yo me divierto soberanamente. (Se dirige hacia la derecha, pero se detiene al ver llegar a MAZA por la galería y a THOMPSON por el fondo; éstos se juntan al pie de las gradas.)

THOMPSON.- ¿Cómo te ha ido de conferencia?

MAZA.- Muy bien, pero hasta ahora no ha pasado del introito, íbamos llegando al grano cuando nos interrumpió el ministro Mandeville. [Hemos quedado en conversar a solas un poco más tarde.] ¿Y vos, no querés acercarte? Te aviso que el momento es propicio, pues el hombre está de excelente humor...

THOMPSON.- (Meneando la cabeza.) ¡Pobres de los que le han dado motivo para tal regocijo!... No; prefiero esperar que sea Manuela quien me indique el momento... Pero, estoy viendo ahí a un medio compatriota. ¿No lo conoces bastante para presentarme?

MAZA.- ¿Cómo no? (Se acerca a LOVE, que también da un paso hacia MAZA. Presentación.) El señor Love, el señor Thompson... (Inclinaciones, very glad, etc.) y ahora los dejo un momento para ir a decir una palabra a Rosita.

THOMPSON.- (Con buena gracia.) Debo excusarme, así ante usted como ante el señor ministro Mandeville, por haber sido involuntariamente indiscreto, hace unos minutos, escuchando su conversación...

LOVE.- ¿Una charla al aire libre? No podría haber indiscreción aunque el oyente no fuera discreto y sabemos que lo es.

THOMPSON.- Demasiado amable. [Soy uno de sus lectores asiduos, sir; y para que no lo tome como una simple fórmula de cortesía (Saca de su bolsillo un periódico doblado.), he aquí la lectura con que me deleitaba en esa glorieta cuando ustedes entraron... Y a fe que su suelto de hoy sobre el beso -The Kiss- tiene toda la gracia festiva y sabor del asunto.] Me gusta, pues, poder dirigirle en persona la pregunta de Almaviva a Fígaro, el travieso patrón de los periodistas: "¿Qué es lo que le ha dotado de una filosofía tan alegre?..."

LOVE.- Y le contestaré como el jocosos barbero de Beaumarchais: "El hábito de la desgracia; me apresuro a reír de todo, para no verme obligado a llorar..."

(Se siente un tumulto de voces y risas, y se ve salir en la galería a los invitados que acaban de comer.)

THOMPSON.- Ya viene derramándose la "comilonitiva"; ¿no quiere que nos desviemos de la primera oleada? En seguida nos mezclaremos a ella sin ser notados... (Se retiran a la glorieta.)

Escena X

Dichos; ROSAS, MANDEVILLE, CORVALÁN. MAZA; los generales LUCIO MANSILLA y LA MADRID; los coroneles CRESPO y GONZÁLEZ; MANUELA, MARÍA JOSEFA, ROSITA, AGUSTINA ROSAS DE MANSILLA, MERCEDES R. DE RIVERA, MERCEDES FUENTES O. DE ROSAS, JUANA SOSA, MERCEDITAS ARANA; entre las niñas, PASTORCITO LACASA y otros lechuguinos, personajes mudos o tartamudos.

(Bajan de dos en dos por la gradería y forman en el escenario grupos de tres o cuatro, cuya cháchara llega al público por jirones intermitentes. ROSAS viste chaqueta oscura, chaleco punzó y pantalón azul con franja colorada. Los militares, de uniforme. Todos los hombres llevan la divisa y las señoras el moño federal.)

JUANA SOSA.- ¿De veras, che? ¡No me digás! ¿Le dio bolsa al novio por haberse presentado a comer con una divisa de media cuarta?

MERCEDITAS ARANA.- Lo que oís, che; y eso que el pobrecito juraba no haberlo hecho por celo federal sino por miedo cervical...

MARÍA JOSEFA.- (Que va de un grupo a otro.) ¡Lindo moño punzó había yo de pegarle a ella en la cabeza y con alquitrán, para enseñarle a ser gente!...

AGUSTINA ROSAS.- (En otro grupo.) ¿Crerán ustedes que el bárbaro de Juan Manuel quiere prohibirnos llevar gorras francesas, calificándolas de salvajes unitarias?

JUANA SOSA.- No puede ser; ¡sería lo último!...

ROSAS.- (Ha entrado conversando con MANDEVILLE.) Y aquí me tiene usted, señor Ministro, procurando, en este retiro campestre, dar tregua unas horas a las fatigas del gobierno y olvidar las calumnias de mis enemigos...

MANDEVILLE.- (Con ironía imperceptible.) Confíe Vuestra Excelencia en que, a la larga, la opinión pública, así nacional como extranjera, sólo le juzgará por sus actos. [Respecto de esta última, y refiriéndome especialmente al gobierno francés, puedo adelantarle los más favorables augurios, a pesar quizá de algunos gestos inconsiderados de sus agentes en el Plata...] No dudo que en la próxima conferencia de Montevideo...

ROSAS.- A propósito de eso, mi querido Ministro, ya que se marcha usted esta noche... (Se han apartado y siguen conversando en voz baja.)

GENERAL LA MADRID.- (Cruza el escenario arrastrando de víctima oyente a un subalterno.) Pero, lo más notable, capitán, en ese combate nocturno de Tambo Nuevo, fue la acometida que, con mis tres soldados, llevé al enemigo en número de doce hombres dormidos...

GENERAL MANSILLA.- (Decidor y vividor escéptico, como más tarde el hijo, y capaz también, por cortos momentos, de dar coces contra el agujón.) Sin embargo, créame usted, coronel (A CRESPO.); aquella hazaña muy auténtica de La Madrid, aunque nos la describa por vigésima vez, presenta siempre alguna novedad, pues nunca la cuenta del mismo modo; por lo que propondría llamarla "el combate del Tambo siempre nuevo..."

CORONEL GONZÁLEZ.- (En otro grupo a que se agregan CRESPO, MANSILLA, etc.) ...Lo mismo que ese otro gacetero bachicha de Ángelis. ¿Pa qué lo necesita el Restaurador, teniendo a Mariño? ¿No dicen que fue lacayo del rey de Nápoles?

CRESPO.- No, hombre, ayo; ayo de los hijos de Murat...

MANSILLA.- (Con sorna.) Es que González confunde al rey de Nápoles con el Restaurador...

GONZÁLEZ.- Ayo, lacayo, lo mismo suena. (A Crespo.) Y dígame, compañero, ¿criollo de dónde es ese Murate? ¿A la cuenta será también bachicha?

CRESPO.- No, francés, y hace años que murió, pasado por las armas...

GONZÁLEZ.- ¿Pasado por las armas?... ¿Que también allá?... (Hace el gesto de la degollina, pasándose la mano de filo por la garganta. Se alejan los dos.)

THOMPSON.- (Que está cerca, a MANSILLA.) ¿Quién es ese cernícalo?

MANSILLA.- (Soltando la carcajada.) ¿Cernícalo? Acertó usted, sin pensarlo, pues ese es el coronel don Vicente González [federal de hacha y tiza, y confidente de Rosas], el mismo a quien le dicen "El carancho del Monte".

THOMPSON.- ¡Dios nos asista!

(Vuelve ROSAS con MANDEVILLE, que se separa, acercándose a las señoras.)

ROSAS.- (A CORVALÁN.) Dígame, Corvalán, ¿sabe usted dónde se ha metido la Niña?

CORVALÁN.- Excelentísimo Señor, acabo de verla entrar en su salita, donde la esperaban una docena de mujeres de toda edad y pelaje, que se habían colado sin tener audiencia de doña Manuela, para abusar, como siempre, de su inagotable bondad.

ROSAS.- (Cuyo buen humor persiste y se trasluce.) ¿Quiere hacerme el favor de llamarla por un minuto?

(Sale CORVALÁN.)

Bueno ya sé de antemano qué sangrías al bolsillo y qué zancadillas a la ley saldrán de estas súplicas a la Niña... ¡Pero hoy, según van las cosas, que sea todo enhorabuena!

(Entra MANUELA seguida de CORVALÁN, que se reúne al vecino grupo.)

MANUELA.- ¿Quería algo, tatita?

ROSAS.- ¿Cómo me dijistes que el joven Thompson vendría con Ramón y Rosita... y hasta ahora no se ha hecho presente (Con punta de malicia.) aunque la cosa te importe poco...

MANUELA.- (Con vivo afán.) Yo se lo buscaré, tatita... (Hace en voz baja una pregunta a CORVALÁN, quien le indica la glorieta; a ella se dirige MANUELA, y al verla sale THOMPSON, quedando LOVE de pie tras él. Saludos.) ¿Es así, Jaime, cómo se apresura a cumplir con tatita?

THOMPSON.- No quería ser inoportuno, y sólo esperaba una indicación suya. Estoy a sus órdenes, Manuela...

MANUELA.- (Acercándose a su padre.) Aquí le traigo, tatita, a mi antiguo amigo Jaime Thompson, que desea presentarle sus respetos...

THOMPSON.- (Con profundo saludo.) Excelentísimo Señor: teniendo en cuenta sus graves ocupaciones, esperaba una oportunidad...

ROSAS.- Sea usted bien venido en su tierra y en esta casa, señor Thompson. (Le da la mano, hablando en tono afable.)

MANUELA.- (Visiblemente contenta.) Y ahora los dejo conversar, y vuelvo a mi audiencia de pobres y afligidos (Con gracia.), previniéndole, tatita, que hoy me ha de conceder todo lo que le pida, que será mi verbena de San Juan.

ROSAS.- (Con buen humor y haciendo un gesto de amabilidad.) Bueno, Niña, se hará lo que se pueda... como en tiempo de bloqueo. (Vase MANUELA.) No me he olvidado de usted, señor Thompson, a quien conocí de niño, ni a su padre, que fue amigo mío y vecino de estancia. Tengo verdadero gusto en recibirle en mi casa particular, y espero verlo pronto en mi despacho de gobierno para que conversemos seriamente. Entretanto, ¿si quiere que demos algunos pasos fuera de este cotorreo?... (Se alejan del bullicio sin desaparecer.) ¿Y qué se dice allá de nuestras cosas, de nuestros trastornos, de mi administración? (Continúan conversando fuera del alcance del público.)

AGUSTINA ROSAS.- (En el grupo central, protestando con energía.) Pero hija, ¿estás delirando? ¡Comparar encaje de bolillos con el encaje de aguja! ¡Entre el punto de Alencon y la más fina blonda o guipure (Pronuncia: guipiur.) hay la distancia del cielo a la tierra!

LOVE.- (Desde su puesto, no muy distante.) ¡Matemático!

AGUSTINA.- (Como picada por un alacrán.) ¿Cómo dice usted, mister?

LOVE.- (Algo corrido.) Dije "matemático", para significar "exactísimo..."

AGUSTINA.- (Sarcástica, mirando la calva de LOVE.) Buen "mate" para "mático" será el suyo... (Risa general a la que se asocian AGUSTINA y el mismo LOVE.)

LOVE.- (A media voz y sin mirar a su rededor.) Esta encantadora Agustinita tiene boca tan linda que, pasando por sus labios, resultan graciosas hasta las más insulsas... (Se ha dado vuelta hacia su vecino, que resulta ser el GENERAL MANSILLA.) ¡Oh! (Para sí.) el marido... Excuse me...

MANSILLA.- Siga usted, querido Love, no hay plato roto mientras no le oiga mi mujer...

LOVE.- (Aparte, preparando su retirada.) Decididamente, es el día de los tropezones...

(ROSAS ha vuelto con THOMPSON, de quien se separa para acercarse al grupo donde está su hermana MERCEDES DE RIVERA.)

MERCEDES.- (A MANDEVILLE.) ¿Siempre sigue su afición al caballo, señor ministro?

MANDEVILLE.- (Con satisfacción.) Siempre, señora, pero me gusta más montar por la mañana...

ROSAS.- (Con cara hilarante, anunciadora de algún dicharacho.) ¡Lo que son los gustos! A mí... (Se inclina hacia su hermana, murmurando el fin de la frase, que sólo perciben ella y su vecino LA MADRID.)

MERCEDES.- Mirá, Juan Manuel, te estás poniendo insufrible de grosero y malhablado: ¡sólo te faltan las botas de potro! (Reparando en LA MADRID que se ríe a la par de ROSAS.) Y usted, adulón, ¿de qué se ríe?

LA MADRID.- (Cuya risa se ha congelado súbitamente.) Merceditas... una broma inocente... (Volviéndose hacia ROSAS.) ¡y qué graciosa!...

ROSAS.- Venga, compadre, y no se meta a pelear con mi hermana Mercedes, pues le iría peor que con sus cuatro gallegos dormidos.

LA MADRID.- ¡Eran doce, Excelentísimo Señor!... (Se alejan por un momento.)

MARÍA JOSEFA.- (En otro grupo, a MERCEDES ROSAS.) Dejáte de óperas y novelas europeas, literata. A mí, como buena federal, nada de extranjis me acomoda, ya se trate de modas o de teatro. Ni en vida de Encarnación quise saber nada de ese canto italiano. Figuráte ahora...

MERCEDES.- ¡Jesús, qué herejía!... (Dirigiéndose al joven LACASA.) Lo vi anoche en el Victoria. ¿Ha oído usted nada más divino que el aria final de La Sonnambula por la Piacentini?

LACASA.- ¡Sublime inspiración! [Sólo que esa música de Bellini es demasiado profunda y sabia, sobre todo para nuestro público...] Precisamente he ensayado transportar para guitarra aquella melodía, simplificando un poco el complicado acompañamiento, y si tuviera aquí...

MERCEDES.- Pero tiene usted la guitarra de Manuela. (A ésta, que está conversando en un grupo.) ¿No es cierto, Manuela, que puedo pedir tu guitarra para Pastor?

MANUELA.- Con mucho gusto; ahora la hago traer. (Da la orden a un sirviente.)

MERCEDES.- (Alzando los ojos al cielo.) ¡Ah! Al escuchar aquellas armonías, ¿qué alma romántica no se arropa en celeste éxtasis?...

ROSITA.- (Se junta con RAMÓN, mientras LACASA, a quien han traído la guitarra, empieza a tocar el aria de Amina con expresión ultrasentimental.) ¿Cómo te ha ido con el pariente Juan Manuel?

MAZA.- Buen recibimiento; pero de nada serio hemos hablado; quedamos en que seguiremos conversando dentro de un rato, después que se vayan todas las visitas, incluidas, Manuela y sus tías.

ROSITA.- ¿Cómo, me dejarás volver sola, casi a la oración?

MAZA.- Podrás ir en el coche de Manuela... Será cosa de media hora...

ROSITA.- (Algo febril.) No sé por qué siento inquietud...

MAZA.- No te aflijas, hijita mía, todo marchará bien. (Se aproxima al auditorio, donde PASTOR empieza a tocar.)

ROSAS.- (Que ha vuelto en compañía de LA MADRID.) ¿Qué música de entierro es esa? Nada de gimoteos en día tan hermoso. Tocáenos una pieza más despabilada, Pastorcito, alguna tonada criolla...

LACASA.- (Interrumpiéndose despechado y dejando sobre una mesa el instrumento.) Perdone, Su Excelencia; pero no sé ninguna tonada de memoria...

ROSAS.- ¿No? ¡Vaya un músico! (A un sirviente.) ¡A ver, que me traigan al payador "Audón", que ha de estar por la cocina!...

MERCEDES.- (A LACASA.) Mientras traen de la cocina al artista de Juan Manuel, ¿no quiere que demos un paseíto por la quinta? Deseo oír su parecer sobre el último soneto que he compuesto...

LACASA.- ¡Ah, señora! su simpatía me enterece: encuentro en usted un alma poética, hermana de la mía. (Desaparecen en la espesura, mientras entra el gaucho ABDÓN.)

Escena XI

Dichos, menos LACASA y MERCEDES; el payador ABDÓN.

ROSAS.- A ver, Audón, si nos destapas alguna de tus tonadas nuevas para esta reunión tan distinguida...

ABDÓN.- (ABDÓN es el gaucho federal del año 40: alto sombrero cónico, con cintillo punzó; poncho recogido, de boca punzó; al cuello, el pañuelo de seda de igual color; chaqueta corta; chiripá; calzoncillos de fleco cayendo sobre la bota de potro; espuelas nazarenas; ancho tirador y facón; bigote federal unido a la patilla. Trae su guitarra en una

mano y en la otra una silla de suela. A una señal de ROSAS, se sienta, dejando su sombrero en el suelo, empieza a afinar su instrumento y, después de un rasgueo, prorrumpe con voz sobreaguda.)

¡Que viva don Juan Manuel,
Ilustre Restaurador...

ROSAS.- No, lo que es hoy, dejate de sahumeros. Sacá más bien la décima que te encargué esta mañana...

ABDÓN.- (Después de otro rasgueo, entona la décima.)

Cullen y Berón de Astrada,
salvajes de condición,
sacaron de su traición
premio igual en la patriada.
Berón en su disparada
de Pago Largo la erró.
Pues "pago corto" le dio;
y Cullen que por remedio
vino al Arroyo del Medio,
en medio arroyo quedó...

(Aplausos de adulación.)

EL GENERAL MANSILLA.- (Ha escuchado, fruncido el ceño, la "bocagansada", y luego interpela severamente al cantor. Éste, antiguo soldado, se pone de pie y, hecha la venia, queda en actitud reglamentaria.) Atienda el payador. Falta a la verdad quien afirme que el gobernador Berón de Astrada fue muerto en la jornada de Pago Largo, al huir del campo de batalla: sucumbió, peleando como bueno, en lo más recio del entrevero. Puede sentarse.

ROSAS.- (Afectando no haber oído la reprimenda.) Basta, Audón. Muy bien te ha salido la décima. Volvete "no más" a la cocina y echate al garguero un vaso de caña a la salud de los buenos federales... (Vase ABDÓN con sus arreos.). Y ahora, señoras y señores: antes de marcharse, los invito a caminar una cuadra hasta la playa... (Todos se alejan en grupos de dos o tres, yendo últimos, para cambiar impresiones, ROSAS y MARÍA JOSEFA. Quedan en escena MANUELA y THOMPSON; éste, como en actitud de despedirse, tiene en la mano su sombrero y su látigo, que ha sacado de la glorieta.)

Escena XII

THOMPSON, MANUELA, después el bufón BIGUÁ

THOMPSON.- Aprovecharé, Manuela, estos minutos en que estamos solos para despedirme de usted, agradeciéndole todas sus bondades, y por lo pronto, la molestia que se digna tomar con aquel pasaporte mío...

MANUELA.- No se ocupe de eso: estará despachado uno de estos días. Pero, ¡qué ceremonioso está usted... (Con una sonrisa.) en Palermo, al menos! ¿Acaso no tenemos más que decirnos en estos cortos momentos que preceden otra larga separación?

(Aparece ROSAS en el camino de la playa, como habiendo vuelto al notar que MANUELA no seguía a la comitiva; desaparece después de unos segundos de observación.)

THOMPSON.- Sí, Manuelita, pero porque siento subírseme del corazón a los labios las palabras irrevocables, es por lo que me detengo indeciso entre la vana fórmula que nada dice y la confesión sincera, que quizás dijera por demás...

MANUELA.- ¿Por demás? ¿Por qué?

THOMPSON.- Le ruego, Manuela, que no me ponga en el duro trance de lastimar sus más delicados sentimientos de mujer y de hija... Y luego... hay ecos terribles o rasgos atroces del tumulto externo que no deben penetrar hasta el santuario del alma virginal...

MANUELA.- (Con amargura.) ¡Oh! ¡Déjese de escrúpulos! ¡En los tiempos presentes y con los hábitos reinantes, dada mi obligada figuración en fiestas de toda laya, bien se imagina usted todo lo que habré oído o entrevisto, a pesar mío y con rubor de mis candores juveniles! Si nada impuro ¡gracias a Dios! ha penetrado en mi alma, mil contactos viles me han rozado. Hábleme, pues, francamente, Jaime, sin recelo de ofenderme ni sorprenderme, que al pasar por sus labios leales, cualesquiera alusiones a mi estado o familia perderán todo dejo amargo o repugnante...

THOMPSON.- De aquellas alusiones, Manuela, bien sabe usted que las que se alzan como obstáculos a nuestra felicidad, son las que atañen a su padre...

MANUELA.- Obstáculos ¿de qué parte? ¿Se refiere usted a los suscitados por él mismo o a los que sólo provienen de usted por causa suya? [Prefiero que dejemos de lado los primeros, puesto que yo me encargo de allanarlos, conveniendo o venciendo cualquier resistencia del "tirano", como le dicen, aunque para mí nunca lo ha sido ni espero lo será...]

[(THOMPSON revela su desconfianza con un gesto casi imperceptible.)]

THOMPSON.- (Después de un silencio.) Pues bien, Manuela, debo confesarlo honradamente: por inmenso que sea mi amor e inestimable el precio que doy al suyo me sería imposible alcanzar la felicidad contra el grito de mi conciencia...

MANUELA.- ¡Dios mío! ¿Qué quiere usted decir?

THOMPSON.- (Continúa a media voz.) Aceptando vínculos de estrecho parentesco y hasta obligaciones de íntimo contacto con el que, por ley natural, usted quiere y respeta, y a quien yo nunca podría querer ni respetar...

MANUELA.- No intentaré combatir sus prevenciones. Me limito a preguntarle si corresponde, a un espíritu justo como el suyo, aceptar como ciertas todas las denuncias de la prensa opositora?...

(Se ve aparecer a ROSAS en el camino, medio oculto por el tronco del ombú, y dar en voz baja una orden al mulato BIGUÁ, señalando a MANUELA.)

EL BUFÓN BIGUÁ.- (Vestido de clérigo grotesco, se acerca al grupo.) Me manda Su excelencia el ilustre Restaurador, para que le dé un beso a la Niña...

MANUELA.- (Con un grito ahogado.) ¡Oh! ¡Te atreves, mulato abyecto! Jaime, deme su látigo... (Se lo arranca.) ¡Tomá, bufón inmundo! (Le cruza el rostro de un latigazo.)

BIGUÁ.- (Lloriqueando al retirarse.) Niña Manuela, si he sido mandado por Su Excelencia... (Indicando con la cabeza a ROSAS que de lejos ha presenciado la escena, y da un paso adelante con gesto iracundo; pero luego se retira.)

MANUELA.- (Trémula de indignación.) ¡Andá a contarle a Su Excelencia lo que te ha pasado!... ¡Oh! ¡Qué vergüenza, él presente! (Oculta el rostro entre sus manos.) ¿Qué pensará usted de nosotros?...

THOMPSON.- (Con gravedad triste que atenúa la dureza de los términos.) Pienso que por la ley de la naturaleza, que aquí agrava la desgracia de una casi orfandad, se halla usted en poder de quien, con quererla ciegamente, no la comprende. Por lo demás, el incidente repugnante nada me ha revelado que no supiera ya; y, respecto de quien lo ha promovido (Con alguna vacilación.), me permito pensar que demostraría, antes que orgánica perversidad, algo... como una aberración moral, más propia de la inconsciencia que del cinismo. Pero (Oyendo el tropel de los paseantes.) ya vienen a interrumpirnos. Separémonos, pura y abnegada víctima voluntaria, antes que otra palabra más pueda sonar como un ataque a su culto filial. Perdóneme si hoy he sido cruel. Volveremos a vernos.

Antes de marcharme a las provincias, iré a despedirme. (Largo apretón de manos.) Dios la bendiga. (Se aparta.)

Escena XIII

Dichos, ROSAS y toda la comitiva, inclusive LACASA y MERCEDES ROSAS, aprestándose las señoras a ponerse los abrigos para volver a la ciudad.

ROSAS.- (Echando afablemente a sus huéspedes.) Siento mucho verme obligado a abreviar la agradable tertulia; pero tengo que quedarme aquí un rato con mis oficiales. (A los grupos que se disponen a despedirse.) No, voy a acompañarlos hasta el vestíbulo, donde, de pasada, tomarán sus abrigos. (Salen todos por la galería.)

THOMPSON.- (Acercándose a MAZA.) Te recomiendo, Ramón, la mayor prudencia con el bárbaro, y mucho cuidado si vuelves de noche. ¿Estás armado, además de tu espada?

MAZA.- Tengo la pistola de dos tiros que me trajistes de Londres...

THOMPSON.- Bueno; es un juguete de bolsillo que voltea a un hombre a treinta pasos. (Danse la mano.) ¡Hasta luego!

MAZA.- (Acompañando a ROSITA.) No tengas la menor inquietud, Rosita. Pero, si por cualquier inconveniente me demorara y no me vieras llegar hasta las nueve, no quedes sola en casa. Te vas a lo de tus hermanas Dolores o Justina; o, mejor aún, a casa de mi hermana Salomé, ya que Guerrico está en el campo. (Se alejan por donde se encaminó toda la concurrencia.)

Escena XIV

CORVALÁN; luego ROSAS.

CORVALÁN.- (Entregado a sus reflexiones.) ¿Qué es lo que se prepara aquí, mientras allá, en el monte, el bruto de Eusebio servirá de carnaza a los que desembarquen, para verse rodeados por nuestros soldados? (Meneando la cabeza.) ¡Triste vejez la mía! Pero, ¿cómo romper mi cadena si no la desata el tirano? (Se cuadra viendo venir a ROSAS por la galería.)

ROSAS.- (Caviloso, con voz breve que contrasta con su jovialidad anterior.) ¿Está todo expedito? ¿Eusebio en el sesteadero, los hombres armados y apostados en el monte, prontos para aparecer a la señal convenida?

CORVALÁN.- Todo está dispuesto, Excelentísimo Señor...

ROSAS.- (Sacando su reloj.) Las cinco menos cuarto; a las cinco en punto se dijo; y ya empieza a obscurecer. El momento no deja de ser grave, Corvalán. Pero podrá usted dar testimonio de que me ha visto ahora tan tranquilo como cuando, en tal día como hoy -el 24 de junio del año 29,- firmamos con Lavalle esa ridícula convención de Cañuelas. ¡Tanta reconciliación y abrazo para encontrarnos otra vez en armas el uno frente del otro (Mirando hacia el fondo.) Allá vuelve Ramón. Dígale que aquí le espero, y a Álvarez Montes que se esté en la galería aguardando a que lo llame. Dé orden de que no enciendan los faroles hasta cerrada la noche. ¡Ah! ¿cuántos hombres han quedado en el cuerpo de guardia?

CORVALÁN.- Seis hombres, Excelentísimo Señor.

ROSAS.- Bien, que permanezcan armados y prontos para acudir a mi llamado. (Entra MAZA.) Y ahora déjenos solos. (Se retira CORVALÁN.)

Escena XV

ROSAS, MAZA.

(MAZA se queda a dos o tres pasos de ROSAS, inmóvil erguido, aunque no en posición militar.)

ROSAS.- (Después de breve pausa le indica una silla.) Puedes sentarte... Siéntese, comandante, si gusta... A pesar mío, lo primero que vuelve a mis labios es el tratamiento familiar de antes; pero debo defenderme contra todo retorno a la pasada confianza, para sólo emplear aquí el estilo del superior, del juez...

MAZA.- (Actitud firme, pero no agresiva.) Yo también, señor, prefiero que en esta entrevista no se use el tono amistoso que me traería recuerdos de infancia y de primera

juventud, cuando se proclamaba usted el amigo agradecido de mi padre, en quien miraba, más que a un leal partidario, al apoyo más eficaz de su política...

ROSAS.- Bien, pues. Cuando nos interrumpió Mandeville, hace unos minutos, estaba empezando a desenvolver los hilos maestros del complot urdido contra mi vida, en combinación con los salvajes unitarios emigrados a Montevideo: conjuración de que es cabeza directiva el doctor Maza, presidente de la Junta y principal ejecutor su hijo Ramón, aquí presente.

MAZA.- (Empleando el estilo oficial.) Señor Gobernador: contra mi padre no se han producido ni se producirán sino delaciones calumniosas. Mi padre, como suegro de Valentín Alsina, mantiene, naturalmente, correspondencia frecuente con él. Se ha limitado a censurar los abusos y excesos del actual gobierno de Buenos Aires; nunca ha entrado en conspiración alguna, y hasta ignora la existencia de cualquier trama urdida contra la persona del señor Gobernador. Esta es la pura verdad, y si me encuentro aquí ahora, defiriendo a un llamado del primer edecán, general Corvalán, es porque siento amenazada por las turbas enfurecidas, y ocultamente azuzadas, una noble existencia, que sería deber del gobernador Rosas, casi tanto como mío, preservar y proteger. En cuanto a mí, nada revelaré de nuestros planes [ni mucho menos denunciaré los nombres de sus presuntos autores o ejecutores]. Lo que sí afirmo, bajo mi palabra de soldado, es que no existe, ni ha existido jamás, complot contra la vida del general Rosas.

ROSAS.- Doble impostura. Su padre, el doctor Maza, ha pretendido usar de su prestigio personal y de su autoridad moral, como presidente de la Junta, para comprometer en el plan revolucionario a algunos de sus miembros;

(Seña de denegación muda, pero enérgica, de MAZA.)

y en lo que a usted atañe, luego le exhibiré las pruebas de sus maniobras sediciosas como ciudadano, y de su traición a la bandera, como militar.

MAZA.- (Que empieza a perder su serenidad.) Doble calumnia, contesto a mi vez; no se funda en verdad ninguna de estas imputaciones, y estoy pronto para confundir mañana a mis acusadores ante el tribunal competente... En este estado de la discusión, pido a Vuestra Excelencia permiso para no seguirla y retirarme. He venido aquí por una invitación escrita emanada de Vuestra Excelencia, la que importa un salvoconducto...

ROSAS.- No existe en la Provincia otro tribunal competente que su Gobernador, legalmente investido de omnímodas facultades. Por lo que toca a retirarse de aquí, sepa que no salvará libre el portón de esta quinta sin orden mía: la que no será dada hasta haberse usted Justificado de aquellas acusaciones. (ROSAS se vuelve hacia la galería y llama golpeando las manos, según lo convenido; entre tanto se ve a MAZA tantear la pistola que tiene en el bolsillo de la chaqueta.)

Escena XVI

Dichos y ÁLVAREZ MONTES; después CORVALÁN.

(Aquél entra sin mirar a MAZA y se cuadra a pocos pasos de ROSAS, quedando MAZA a la derecha. La noche está cerrando y a poco se irán encendiendo algunos faroles de la galería y del proscenio.)

ROSAS.- Capitán Álvarez Montes: bajo su palabra de honor como oficial argentino, va usted a declarar lo que sepa respecto de cierta conspiración tramada contra mi persona, y en cuya ejecución está comprometido el teniente coronel don Ramón Maza, aquí presente...

(ÁLVAREZ MONTES ha mantenido la mirada desviada de MAZA.)

MAZA.- (Con desprecio.) ¿Y podrá Vuestra Excelencia prestar fe a la delación de un miserable espion que fingió afiliarse a nuestro grupo para traicionarnos y en cuyas manos relucen todavía los dineros de Judas?

ÁLVAREZ MONTES.- (Enderezándose bajo el ultraje.) ¡Gracias a Dios que me insulta!... (En voz alta.) Excelentísimo Señor: ratificaré en pocas palabras las revelaciones que con todos sus pormenores tengo hechas ante Vuestra Excelencia. Sin ocuparme de las ramificaciones del complot con el movimiento revolucionario del Sud, en cuya ejecución tiene parte principal el teniente coronel Maza, aquí presente, declaro que este mismo es uno de los afiliados en dicho complot, que debería perpetrarse (Mirando su reloj.) dentro de pocos minutos, en un sitio vecino de esta costa, por un grupo de conjurados argentinos, conducidos en un bote francés de la escuadra bloqueadora. El fin de los criminales es atacar violentamente contra la vida del ilustre Restaurador, a quien se supone descansando, a esta hora, en un sitio próximo y de todos conocido.

MAZA.- (Dando un paso hacia el delator.) Esto último es una calumnia infame: nunca entró en el plan de los conjurados atacar contra la vida del Gobernador, sino apoderarse de su persona y exigirle hiciera renuncia de su tiránico poder...

ÁLVAREZ MONTES.- (Prosigue sin inmutarse.) Todos los detalles del ataque premeditado, ya los conoce en gran parte por mí, Vuestra Excelencia; y nada tengo que decir de los medios que para frustrarlo ha discurrido su alta previsión. Lo único que ignoro, es la señal convenida, que en caso de inconveniente imprevisto (El rostro de MAZA expresa ahora una satisfacción intensa.) daría la alarma a los conjurados.

(Un reloj de pared, en la galería, da las 5. En ese instante se percibe el disparo de un cohete volador que, salido del techo de la ermita, cruza la altura y estalla en las tinieblas ya casi completas; después de un angustioso silencio de algunos segundos, sigue otro disparo, que transforma en una exclamación de alegría la visible inquietud de MAZA.)

MAZA.- (Sin poder contenerse.) ¡Salvados! Esta era la señal convenida que este miserable, felizmente, ignoraba y que su delación no ha podido estorbar...

ROSAS.- (Fuera de sí.) Corra, capitán, con soldados del piquete y rodeen la capilla, tomando preso a cualquiera que se encuentre allí o en los contornos...

(ÁLVAREZ MONTES sale precipitadamente; a los pocos segundos, se ve, por el camino de la derecha, acudir soldados que rodean la ermita, mientras aquél penetra adentro.)

¡Quiera Dios que lleguen a tiempo y se pueda hacer inmediata justicia del criminal!

MAZA.- (En medio de la más dolorosa ansiedad.) Dios no ha de oír votos tan impíos; y sí permitirá que escape ileso el valiente que ha expuesto su vida para salvar la de sus hermanos...

(Minutos de silencio ansioso. Vuelve ÁLVAREZ MONTES.)

ÁLVAREZ MONTES.- ¡Nadie! El culpable ha tenido tiempo de huir: hemos oído el galope de un caballo, sin duda el suyo, que salía del monte, camino de la ciudad. Pero (Dando unos pasos hacia ROSAS.) conozco al prófugo, que vive cerca de Vuestra Excelencia, y a quien, hace una hora, he visto en conversación secreta con Ramón Maza.

ROSAS.- ¡Su nombre!

(En el momento en que ÁLVAREZ MONTES se prepara a pronunciar el nombre, mirando con sarcástica sonrisa de triunfo a MAZA, queda petrificado al ver que éste ha sacado su pistola y le apunta.)

MAZA.- (Dispara el tiro y cae ÁLVAREZ MONTES.) ¡Infame delator, no has de consumir tu traición!

ROSAS.- (Al ver que MAZA ha quedado con el arma en la mano, da un grito de terror.)
¡Ramón!...

MAZA.- (Con desprecio.) No se asuste, señor general. No le está destinado el tiro que me queda.

(Han acudido a la detonación CORVALÁN, un OFICIAL y algunos SOLDADOS.)

Escena XVII

Dichos; CORVALÁN, OFICIAL y SOLDADOS, el TENIENTE DÍAZ; después DON EUSEBIO.

ROSAS.- (Recobrando su empaque imperativo.) General Corvalán, reciba la espada del teniente coronel Maza (Así se hace.) a quien conducirá preso a la ciudad, bajo la doble inculpación de asesinato intentado contra mí y consumado contra un oficial de mi guardia...

MAZA.- (Con voz vibrante.) En presencia vuestra, militares argentinos, protesto solemnemente contra la acusación de tentativa de asesinato dirigida al Gobernador de la Provincia, y en prueba de que es falsa, ved cómo tenía esta pistola un segundo tiro que descargo al aire.

CORVALÁN.- (Acercándose a MAZA.) Comandante, ¿me da usted su palabra de que no intentará escaparse en el trayecto hasta la ciudad?

MAZA.- Señor general, tiene usted mi palabra.

ROSAS.- Con palabra y todo, Corvalán, lleve una escolta para impedir cualquier tentativa de evasión...

MAZA.- (Con altivez indignada.) ¡Usted desprecia la palabra de honor de un oficial argentino! Esto completa al comandante de campaña que ostenta el grado de brigadier general, sin haber jamás hecho maniobrar un batallón ni menos entrado con él en el combate. (ROSAS hace un ademán imperativo y los SOLDADOS llevan a MAZA.)

ROSAS.- (A un OFICIAL, indicando en el suelo el cuerpo de ÁLVAREZ MONTES.) Que se lleve a ese muerto o herido al cuerpo de guardia para que lo examine el cirujano.

(Dos SOLDADOS cumplen la orden, llevándose a ÁLVAREZ MONTES.)

Entre tanto, llámese al teniente Díaz que mandó la partida emboscada; y que se presente después su Excelencia don Eusebio de la Santa Federación.

(Se presenta el TENIENTE DÍAZ.)

TENIENTE DÍAZ.- Excelentísimo Señor: sólo tengo que comunicar a Vuestra Excelencia que a las cinco menos cuarto, distribuidos mis hombres en el monte, no tardamos en divisar a la distancia, en la semiobscuridad, un punto negro que debía ser el bote esperado, pudiendo luego percibirse el compás de los remos que batían el agua. A poco, siendo las cinco en punto, según vi en mi reloj, cruzó una luz por el aire, acompañada de un estruendo: era un cohete volador disparado, al parecer, desde esta ermita (La señala con la mano.); a los dos o tres segundos fue disparado otro cohete desde el mismo punto. Después de un breve silencio, volvimos a sentir el ruido de los remos, pero ya, en vez de seguir reforzándose, más y más débil, señal de que el bote se alejaba. Corrí hacia la playa con algunos de los soldados, y mandé hacer fuego sobre el bulto oscuro que apenas se divisaba. Nos respondieron; si bien, visto el ningún efecto de sus fuegos, me di cuenta de que, por la distancia creciente y la obscuridad, lo mismo pasaría con los nuestros. Reuní a mis hombres y aquí estamos de vuelta, esperando las órdenes de Vuestra Excelencia.

ROSAS.- (Despide al OFICIAL, ocultando su despecho.) Está bien, teniente, puede retirarse.

(Vuelve EL OFICIAL del cuerpo de guardia.)

EL OFICIAL.- Excelentísimo Señor: declara el cirujano que la herida del capitán Álvarez Montes es grave, pero no necesariamente mortal...

ROSAS.- (Con indiferencia.) Lo mismo da. Mándese avisar a su padre, don Nicolás Álvarez Montes, para que venga a hacerse cargo del herido, o del cadáver, y pase mañana a percibir en Tesorería la suma asignada por el servicio extraordinario.

(Sale EL OFICIAL.)

A pesar de todo (Restregándose las manos.) la jornada ha sido buena... Hasta que cierre la noche y sea hora de volver a la ciudad, quedará aquí tomando algunos mates, a la luz de la luna y al reparo de este ombú.

EL OFICIAL.- (Con respetuosa solicitud.) ¿Qué no teme Su Excelencia que le sienta mal el relente de la oración?

ROSAS.- ¿Qué me va a hacer este fresco? ¿Soy acaso algún pueblero de alcorza? ¡Si habré pasado noches al raso en el Colorado! Tráiganme el poncho puyo de mi compadre Ibarra y que venga Su Excelencia don Eusebio. (Le traen un poncho que se pone sobre la chapona y se sienta en un sillón de suela para tomar mate, al reparo del ombú. [Óyese una batahola de gritos y carcajadas y aparece DON EUSEBIO, vestido con el mismo traje de ROSAS, que en su cuerpo, raquíptico y deforme, le convierte en una caricatura del gobernador. Lo traen algunos SOLDADOS, entre empujones y pellizcos, contra los que el bufón protesta con gruñidos y manotones grotescos que aumentan la hilaridad.]

DON EUSEBIO.- (A los SOLDADOS.) [¿Quiere dejarme? (En un crescendo de injurias.) ¡Malevos! ¡Salvajes unitarios! ¡Franceses!]

ROSAS.- (Con fingido enojo.) [¿Quién se atreve a faltarle al respeto a Su Excelencia? Tráiganle al punto su sillón oficial.]

(Le traen como asiento una cabeza de buey. En el acto de ir a sentarse en ella el bufón, UN SOLDADO la retira y el infeliz cae con su redondez en el suelo. Gran algazara. DON EUSEBIO se rasca la parte ofendida, entre las risotadas de los circunstantes.)

(Que goza enormemente aunque trata de contener la risa.) [No haga caso el señor Gobernador: no ha sido sino un error de asiento... Va a ver cómo ya se instala sin accidente. (DON EUSEBIO se sienta con grandes precauciones después de mirar atrás y a los lados.) Y ahora (Tomando de mano de su ORDENANZA el mate cimarrón.) cuéntenos Su Excelencia cómo le ha ido en el monte, y qué sustos le han pegado aquellos salvajes unitarios con sus aliados los inmundos piratas franceses...]

DON EUSEBIO.- [(Abre la boca para principiar su relato...)]
